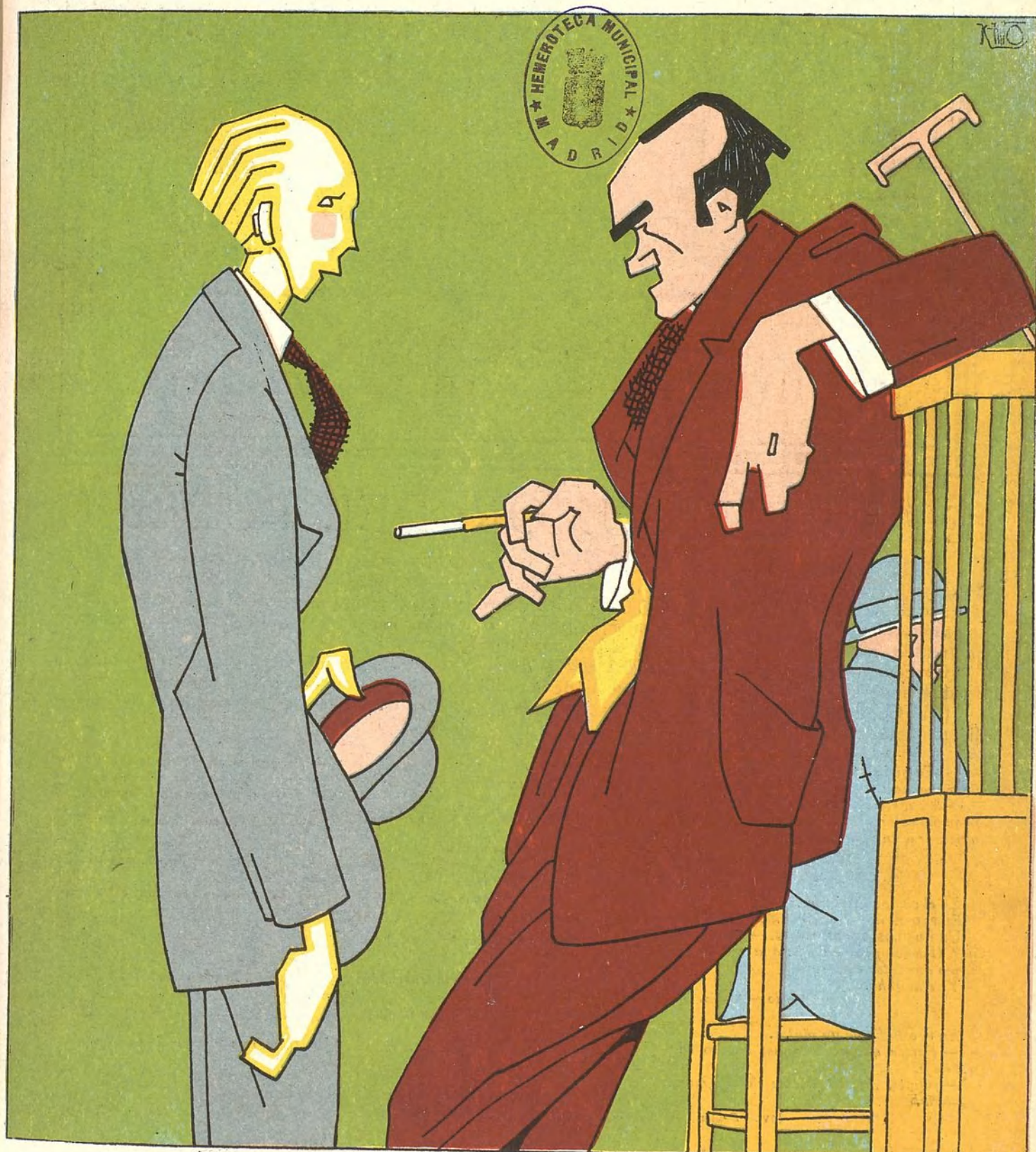


BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. K-HITO. — Madrid.

- Para sentarse a trabajar tiene usted que ponerse smoking. Nunca el crupier debe vestir como el jugador.
- ¿Acaso lleva éste un traje especial?
- ¡Hombre! ¿no ha oído usted hablar de los trajes de punto?

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿En qué se parece una barra pequeña a cuando uno no quiere ir a una parte?

— Pues, sencillísimo: en que una barra pequeña es una barrita, y cuando uno no quiere ir a una parte, pues... va Rita.

VIZOSO (CADECA).

En el campo del honor.

EL PADRINO. — A la una... A las dos...

UNO DE LOS COMBATIENTES. — ¿Las dos ya? Ustedes perdonen, pero a esa hora tengo que estar en casa.

Y se marcha.

MASTO. — Madrid.

En el estudio de un pintor.

— Parece que el de aquel cuadro se ríe de ti.

— ¡Quita, mujer! ¡Yo me río del más pintado!

JOVI. — Sevilla.

En la estación.

Se acerca un baturro a la taquilla y pide un billete.

— ¿Adónde va usted? — pregunta el expendedor.

— ¿Y a usted qué le importa?

— Pero ¿cómo quiere usted que le dé billete sin decirme adónde va?

— Pues, bueno; voy a casa de una tía mía que está enferma.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

— ¿A qué vehículos hay que tener más miedo?

— A los autobuses, porque son autos y obuses.

A. V. BARRIO. — Madrid.

Antes del entierro.

— Pero, mujer, ¿cómo pones a tu marido esas cuatro astillas en los candelabros?

— Porque como con ellas me alumbró él en vida, nada más justo que de la misma manera le alumbré yo en muerte.

M. F. VALLICIERGO. — Reinosa (Santander).

— ¿En qué sitio se encuentra la cal en mayor abundancia?

— En el mar, porque hay cal-a-mares.

CARNI-BORO.

Sacando un periódico del bolsillo:

— Oye, tú, ¿a ver si conoces a Fleta en La Voz?

I. M. CONDE.

— ¿Cómo es que no fuiste al entierro de Juan?

— Hombre, ¿no sabes que eso del entierro es un timo?

MASTO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Manuel Mingo**.

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

19. — Contravaselinesco.

1 PECADO

20. — Entre caña y cuartilla.

CONSOMMÉ ROYAL
TORTILLA A LAS FINAS HIERBAS
LANGOSTINOS SALSA TÁRTARA
RIÑONES SALTEADOS
FLAN
QUESOS
FRUTAS
50150500

21. — En la provincia de León.

NEGRO MINERAL

22. — Juego de chicos.

— Yo *tercia dos-tercia* contigo, porque eres un tramposo.

— ¡A ti si que se te *tercia-prima* en seguida las trampas!

— Bueno. Vamos a echar el *tercia-tercia* partido, ¡a ver qué pasa!

— Pues que estarás tan maleta como siempre. Esto del *todo* no se ha hecho para ti. Eres muy torpe.

CUPÓN NÚM. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.



¡¡PARRICIDA!!

Dib. TRUÁN. — Madrid.

— Insensato!... ¡Vas a matar a un ser que lleva tu misma sangre!...

23. — Para el cocido.

NOTARIO 50500

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 70.

CUPÓN

correspondiente al número 74
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Ayuntamiento de Madrid

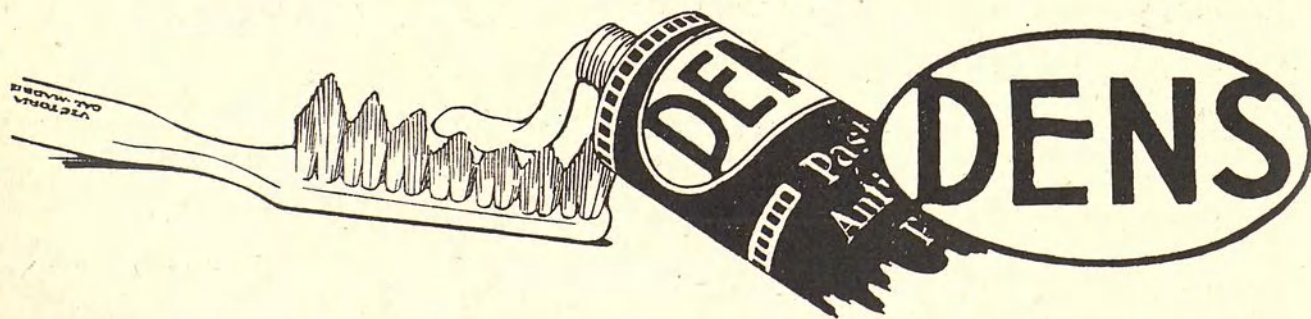
Visite Ud. al Dentista
 todos los años
 y use Ud. PASTA DENS
 todos los días



Error es acudir al dentista únicamente cuando duelen las muelas ó lo exige el mal estado de la boca.

Visítele Vd. por lo menos una vez al año, para que repase lo que convenga; y el dentista le aconsejará que use todas las

mañanas la Pasta Dens y se enjuague con Elixir Dens después de cada comida, para conservar la dentadura sana, limpia y brillante. Una bolita de algodón empapado en Elixir Dens calma en el acto el dolor de muelas.

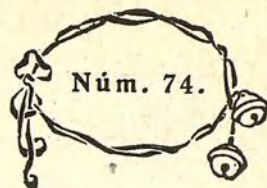


La composición de esta pasta no es un misterio. La Pasta Dens es una crema jabonosa, de sabor agradable, aromatizada con menta dulce de buena calidad.

Ni piedra pómez, ni jibia, ni drogas de efecto dudoso ó nocivo. Limpia el esmalte dental con la suavidad de una esponja, no lo raya con la aspereza de la lima.

Tubo 1,50 en todos los comercios de España.-Perfumería Gal.-Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



"BUEN HUMOR" EN EGIPTO

LA ESFINGE VA A CONSAGRARSE AL GORGORITO

(Dos redactores de BUEN HUMOR, enviados por la Dirección de este semanario al país de los faraones para visitar al recientemente alumbrado, el gran Tutankamen, hacen ellos solos los más importantes descubrimientos de cuantos registran los anales egipcios.)

Pescadilla en pijama. — Los burros cairotas y las moscas nilitas. — De cháchara con la Esfinge.

Alejandro, 15 de abril.

— ¡Hombre al agua! — gritó el de la cofa lleno de júbilo por aquel suceso que desmonotonizaba la travesía.

Todo el pasaje corrió a la borda:

— ¿Dónde está, dónde está? ¿Quién es?

— Allí, a la derecha, ¿no lo ven ustedes?...

— Pero... ¡si aquello es una pescadilla, caballero!

— ¡Yo le digo a usted que es un pijama!

Yo intervine:

— Se trata de un pijama, en efecto, pero también de una pescadilla: de una pescadilla en pijama. ¿Ustedes saben lo que es el BUEN HUMOR?

— ¿Quién no sabe lo que es el buen humor? El buen humor es la mejor cosa del mundo.

— Conformes. Pues ese señor es un señor de BUEN HUMOR, un compañero mío de BUEN HUMOR, José López Rubio, que viene conmigo a descubrir el Egipto. Hace un momento cometió la imprudencia de pasar por delante de esa solterona criolla que siempre está suspirando en el mismo instante en que ella lanzaba uno de sus suspiros. Como mi amigo pesa tan poco, aquel golpe de viento, según yo conjeturo, lo lanzó por la borda. Pero no hay que apurarse, pues se salvará por su propio peso... Oye, Pepe — le interpele —, ¿qué haces ya, que no vienes? ¿Es que quieres un bote?... ¿Por qué no coges aquel cabo?...

— ¡Supongo — insinuó un presbítero tarracense — que no pensará usted suicidarse sin recibir los auxilios espirituales!

El capitán del barco acudió:

— ¡Caballero, exijo de usted que, sin pérdida de momento, nos declare o realice sus propósitos! Dentro de una hora hay que dar vista a Alejandría. ¡O vuelva usted aquí a escape, o se suicida usted ahora mismo: usted verá!...

Un grito de horror enronqueció todas las gargantas: el pijama había desaparecido de la superficie del mar latino.



— ¡Era un suicida! — exclamó con el más profético énfasis el tonsurado de Tarragona.

Y tomando en sus manos el bonete, se puso a latinajear contritamente en medio de un corro de damas genuflexas y caballeros cariacontecidos.

En esto un ¡hurra! estentóreo levantó todas las frentes, y mi ilustre compañero de viaje y presunto suicida, describiendo una parábola diabólica, vino a colgar las chorreantes perneras de su pijama en los hombros del eclesiástico catalán.

— ¡Milagro, milagro! — sentenció el religioso, con expresión de iluminado —. ¡Demos gracias al Salvador!

— Usted perdone — dijo modestamente, al extremo de una caña de pescar, el pasajero que había lanzado el ¡hurra! —. El salvador soy yo.

— ¡Usted no es más que un señor a quien yo he permitido lanzar un ¡hurra! — repuso ofendidamente mi colega, sacudiendo la testa como una Venus Anadiómene y salpicándonos a todos —. ¡Nada más!

— Pero ¿no era usted un suicida?

— ¿Yo, un suicida?

— Bien, un naufrago.

— ¡Ni un suicida ni un naufrago, caballero!

— Pues ¿qué, entonces?

— ¡Señor mío! ¡Un bañista!

El Cairo, 16 de abril.

Esta mañana hemos llegado al Cairo.

Una fabulosa recua de burros esperaba en la estación nuestro arribo y nos hizo objeto del recibimiento más entusiasta.

Dib. SILENO. — Madrid.



Dib. NIKO. — Lérda.

— ¿Cree usted que no soy capaz?
— Se lo aconsejo a usted porque le quiero bien, don Gregorio. ¡No dé usted ese paso!

— ¿Ves? — dijo López Rubio, tapándose los oídos con mal humor —. ¡Perdido el incógnito! Los egiptólogos tienen ya noticia de nuestro viaje, y, celosos de nuestros próximos impecables triunfos, empiezan a *complotearnos*. Ahora mismito vamos al consulado, a la legación, donde sea, para que se presente una reclamación diplomática.

— Irás tú solo; yo voy al hotel. Entiendo que el cuerpo de egiptólogos nos ha honrado cuanto nuestros merecimientos exigían acudiendo en pleno a recibirnos a la estación.

— ¡Ahl! ¿Tú crees?... Siendo así, varía. Vamos, pues, al hotel. ¿Quieres egipcios?
— No. A mí dame egipcias.

El Cairo, 17 de abril.

¡Las moscas militas!... ¿Procederán de las plagas bíblicas, y bienhalladas en esta tierra, la habrán hecho su patria de

adopción? ¡O, por el contrario, serán autóctonas, y la momificación de los cadáveres indígenas se deberá al deseo de librarlos de las injurias mosquiles? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que la impúdica, la glotona, la maligna, la ubicua y porfiada mosca doméstica del país de los faraones es algo encorcorante y desesperante. No se puede luchar con ella. Hemos comprado un mosqueador y dos mosquiteros, y nos hacemos acompañar a todas partes por un competente flabelífero; hemos gastado un dineral en ligas, trampas y polvos insecticidas; hemos accionado hasta para los monosílabos, cultivado varios *tics* de cabeza y, en fin, como el negabundo más descontentadizo, estamos casi constantemente contestando que no por señas. De nada nos sirve. No conseguimos emanciparnos del hexápodo odioso. ¡Se diría que suda sindetikón! Y tal es el número de estos múscidos, la densidad de esta po-

blación parasitaria, que, con sólo las evacuaciones acumuladas en nuestros jipijapas, se podría, sin duda alguna, puntuar al *Tostado* entero.

¿Qué harán aquí los calvos? ¿Qué harían los socios de la Protectora de animales? ¿Vivirían metidos en una escafandra?

Hoy, a mediodía, en el comedor del hotel, despachando un plato de arroz a la faraona que nos acababa de servir el camarero, López Rubio dió un respingo salvaje:

— ¡Puah!... ¡Una mosca!...

— ¡Dos, tres, cuatro, cinco!... — seguí yo contando.

— ¡Seis, siete, ocho!... — continuó él. Así hasta treinta y una.

— ¿Nos plantamos?

— ¡Por unanimidad! ¡Camarero!...

— Señor...

— Llévase usted eso. A mí me revientan las mosquitas muertas, y ni con arroz las puedo tragar.

— ¿Y el señor? — inquirió de mí.

— ¡El señor es vegetariano!

El Cairo, 18 de abril.

Nos hospedamos — ¿cómo no? — en el *Hotel de las Pirámides*.

— Puesto que las Pirámides no vienen al hotel — digo a López Rubio —, iremos nosotros a las Pirámides.

— Sensatísimo. Echaremos la tarde a Pirámides. ¡A ver, tú, esclavo — le grita al espantamoscas —, coge tu pericón y tráenos un *taxi*, que nos vamos de *piral*!

Un rato después nos encontramos en presencia de los sólidos de Gizeh. López Rubio se encara con la Esfinge y le pregunta insolentemente, en tono de autoritaria reprensión:

— Bueno, y ¿tú, por qué no hablas, mal ángel?

La Esfinge nos mira inexpresiva y permanece mayestáticamente muda. Ni la corbata de López Rubio, de un *chic* que deslumbra; ni el sapientísimo chispeo de mis gafas, ni el prestigio de nuestros dos duros de espantamoscas, logran tener la virtud de un «ábrete, sé-samo» para los herméticos labios de la Esfinge.

— Oye, Pepe, saca el pañuelo que te regaló Durán, a ver si esta bestia se da al fin cuenta de qué clase de personas tiene delante.

López Rubio saca el pañuelo, un pañuelo extraño, un pañuelo *feérico*, fastuoso, principesco, un incunable de la sedería, y se lo pasa a la Esfinge por las narices. ¡Todo en vano! Entonces yo, con clarividente resolución, me acerco a la monstruosa mole y, por una hendidura de la roca, le introduzco una moneda de diez céntimos.

Y ahora, sí; ahora la Esfinge se humaniza, deshermetízase, *funciona*:

— No hablo, sencillamente — nos dice —, porque nadie me echa la perra gorda. Además..., ¿a quién le hace gracia predicar en desierto?

— ¡Hombre, no ha estado pesada! ¿Verdad, tú? Vamos a echarle otra perra gorda. Tú preguntas.

— Oye, Esfinge, respóndeme: ¿por qué no cambias de postura?

— Pues porque con ésta he tenido un pleno.

— ¡Je, je!... Apúntate otro... Y ¿puede saberse, dime, qué planes son los tuyos para lo venidero? ¿Piensas seguir indefinidamente, por los siglos de los siglos, posando de gigante centenaria, de Mona Lisa faraónica, de patrón o patrona del gremio idiota de pisapapeles?

— ¡Hombre, no!... Yo espero que vosotros, puesto que habéis roto el arcano que sellaba mis labios, haréis constar de la manera más categórica que mi parienta la de Tebas, la antropófaga—cuyo hermanazgo repudio—, nada tiene que ver conmigo, y que yo soy simplemente una tragaperras, pobre, pero honrada, sin antecedente penal ninguno. Deseo ejercer tranquilamente mi profesión, abandonar de una vez esta vida ociosa, insalubrenemente inactiva, en que la ignorancia de los siglos me ha tenido. También—aunque no por eso dejaré de impresionar placas, eso no—me avendría con gusto a impresionar discos, si me hiciera proporciones algún *discóbolo*. ¿Qué os parece?... Echadme unas cuantas perras juntas para no interrumpir el diálogo... Decid, ¿qué os parece?...

— ¡Estupendo!... Y ¿qué querías cobrar por cada fonograma que impresionaras?

— Ya veríamos... Un duro en perras gordas, por ejemplo.

— ¿Has oído, Pepe? ¡Un duro en perras gordas!... ¡Está local!...

— Qué, es demasiado, ¿no?—pregunta la Esfinge con timidez.

— ¡Quita de ahí, mujer! ¡Una figura de tu categoría no hace gárgaras por menos de mil pesetas! Ya hablarás un día de estos con *Pathé*.

— ¿Con *Pathé*?... ¿Quién es *Pathé*?...

— *Pathé* será tu *discóbolo*; es tu hombre.

— ¡Ay, mi hombre!

— Sí, querida; tu porvenir corre de nuestra cuenta. Desde este momento te protegemos.

— ¡Gracias, gracias, gracias!...

Y dos lágrimas pétreas de gratitud, semejantes a dos granos de arena tanto como éstos puedan serlo entre sí, caen de lo alto a nuestros párpados y hacen brotar de nuestros ojos otras dos lágrimas.

Para disimular, sin duda, su emoción, López Rubio, cogiendo mi *kodak* y apartándose cierto trecho:

— ¡Quieta un momento!—ordena a la Esfinge; y dispara ocho veces consecutivas sin pararse a dar vuelta al rollo.

— ¡Va a estar hablando!—pondero.

Y dirigiéndome al flabelífero:

— ¿Tú eres un negro inalterable—pregúntole—, o destíñes?



Dib. ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.

— Los concurrentes al cabaret *Ideal* se han quejado del tamaño excesivo de los paños de la ruleta.

— Y ¿qué pretenden?

— Pues jugar con paños menores.

— ¡Oh, muy poquísimo! Seis o siete veces al año. ¡Cuando llueve!

— Pues haz de amanuense, anda. Mójate un dedo y pon aquí, al pie del monstruo: *Aviso a los turistas*.

— ...istas. Ya está.

— Seré sorda.

— Sorda.

— Seré sorda y seré muda.

— Muda.

— Para quien la perra gorda.

— Gorda.

— Que hay que echarme, echarme eluda.

— ...luda.

— Así sea el *sursum corda*.

— Corda.

— Seré sorda.

— Sorda.

— Seré sorda y seré muda.

— Muda.

— *All right!* Ya puedes dejar de chuparte el dedo. Ahora danos escolta: nuestra brillante primera jornada ha concluido... Adiós, Esfinge; ya no nos queda más dinero suelto.

Triunfalmente, con un ejemplar de *BUEN HUMOR* extendido al viento cual enseña gloriosa, marchamos con el espantamosca a otra parte.

Desde lo alto de las pirámides, cuarenta siglos corridos contemplan nuestro buen humor.

MANUEL GALÁN

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

Un artículo de Angelina Vilar ilustrado por ella misma

Muchas emociones me ha proporcionado mi vida de artista; pero ninguna comparable a la de exponer a la vergüenza pública nada menos que un artículo ilustrado en periódico de tanta circulación como BUEN HUMOR...

Yo hubiese preferido cantar la *Mala vida*, o decir la buena ventura, que para eso hice varios papeles de gitana; pero publicar unas cuantas tontearías, que después no se pueden borrar, es algo muy serio e importante.

Pero si no hay más remedio que hacerlo, allá va..., «y ustedes perdonen el atrevimiento».

Una de las cosas que más me han preocupado siempre, aunque no sea más que por afinidad de sexo, es la suerte de esas pobres mujeres vulgarmente llamadas *carabinas*, que se dedican a la ingrata ocupación de acompañar señoritas en paseos, teatros y cines (especialmente cines), causando la hilaridad



Angelina Vilar, la hermosa tiple del Reina, luce en esta plana sus aptitudes como literata y dibujante, aspectos desconocidos hasta hoy para la nutrida y palmoteante legión de sus admiradores.

de algunos y la compasión de los demás.

No hay derecho a llevarlas horas y horas con la lengua fuera y el sombrero en la coronilla, levantando una nube de polvo con los bajos de una falda de volantes del año de la *Nana*, únicos restos de mejores tiempos.

Y a mí se me ha ocurrido muchas veces que, a semejanza de esas Sociedades protectoras de la infancia y otras por el estilo, se podría crear otra más, cuyo título podría ser *Sociedad Protectora de la Mujer-Carabina*, en cuyos estatutos se establecerían los derechos de esas pobres señoras respecto a velocidad moderada en la marcha por calles y paseos, sitios de acompañamiento, miopía voluntaria, discreción, sordera, etcétera, etc., y estoy segura que se habría realizado un gran fin benéficosocial... hasta para las señoritas acompañadas.

ANGELINA VILAR



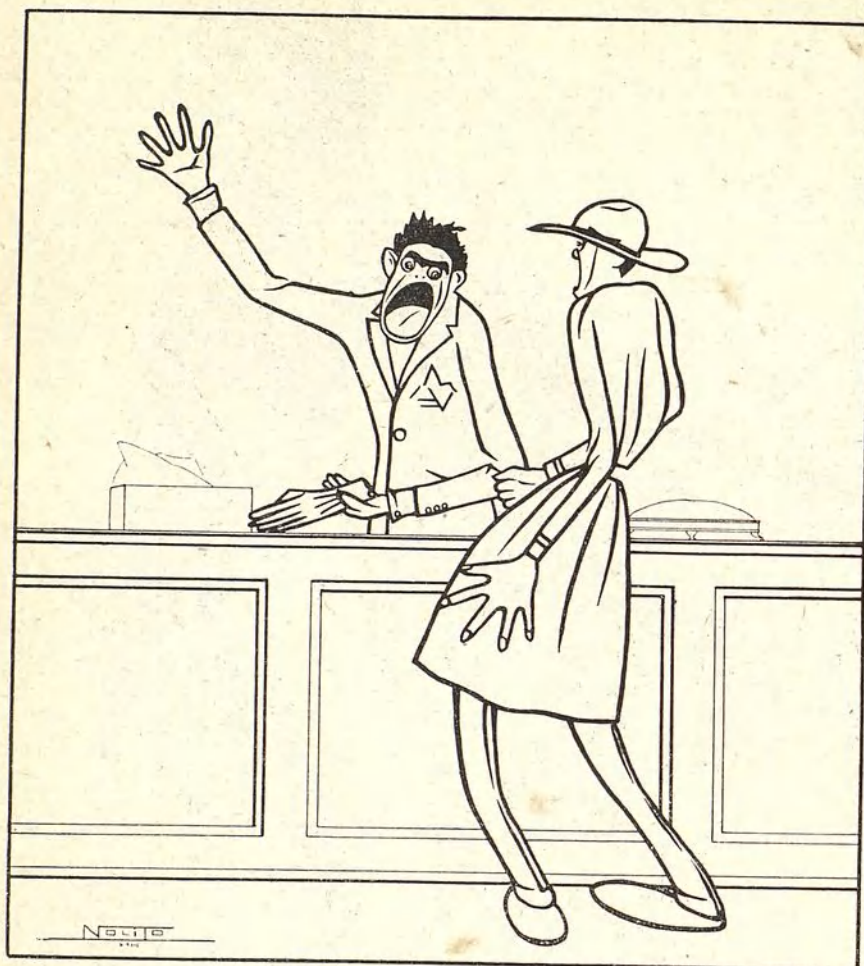
Ayuntamiento de Madrid



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Pensar que toda mi ilusión era entrar en el gran mundo!...

Ayuntamiento de Madrid



Dib. NOLITO. — Madrid.

- ¡Cuidado, hombre!... ¡Decir que este guante es pequeño!...
- ¡Claro!
- ¿Quiere que se lo dé todavía más grande?
- Sí.
- ¡Pues le voy a tener que dar un guantazo!

YO SOY UN INVENTOR FORMIDABLE

¡Sí, señores!...

¡Y sí, señoras!...

Lo soy; y si no está probado, lo voy a probar ahora mismo. Einstein, Edison, Franklin, Marconi, Merlin, Lepe, Lepijo y su vástago son, o eran, unos distinguidos camelos comparados con este humildísimo servidor de ustedes.

Yo soy un inventor que lo abarca todo, y además que lo aprieto todo con una fuerza bárbara. A mí se me han ocurrido inventos peregrinos y de todas clases. Lo que sucede es que, como no quiero ser víctima de las envidias y de las conjuras de los que valen menos que yo, me he estado en mi casa (que es la de ustedes), sin pretender dar a conocer mis geniales concepciones.

¡Pero ya me he cansado, señores! ¡No

quiero privar a mi patria del inmenso beneficio que para ella supone el ensayo y la inmediata adopción por el Estado de varios de mis inventos, y aprovecho el espacio que me brindan las columnas salomónicas de BUEN HUMOR para darlos a conocer!

Yo he encontrado el medio de que los aeroplanos no caigan a tierra de modo súbito y produciendo víctimas. Yo he descubierto la manera de que nunca falte la luz eléctrica, a pesar y a despecho de todas las averías que puedan ocurrir. Yo he hallado la forma sencilla de averiguar si el vino o la leche tienen agua. Yo he visto cuál es el sustitutivo de los gases asfixiantes sin necesidad de hacer la fabricación química de los mismos. Yo tengo un procedimiento

para que las locomotoras de los trenes no echen humo. Yo he inventado un salvavidas para tranvías y automóviles, de cuyo resultado respondo con la cabeza de Lerroux... Y, en fin, puedo asegurar a ustedes que he buscado y he podido encontrar la manera de que una trinchera sea imposible de tomar por las tropas enemigas, aunque su superioridad numérica sea aplastante.

¿Qué les parece a ustedes? ¿Es o no es para estar orgulloso el ser el autor de los indicados descubrimientos?

¡Pero yo voy más allá! ¡Yo voy a decirles a ustedes ahora mismo el secreto de mis invenciones! ¡Quiero que, en el momento en que este artículo sea leído, vuele mi nombre en alas de la fama y sea pronunciado y bendecido por la Humanidad entera!

Así es que procedamos por orden.

He dicho y juro por mi salud que tengo el medio de que los aeroplanos no causen más víctimas; y, en efecto, le tengo: sabido es que el aeroplano, falto de gobierno, baja por su peso y vertiginosamente a tierra. ¿Qué hay que hacer para que no baje? ¡Es sencillo: adherirle una cosa que no pueda bajar!... Comprenderán ustedes que no tiene dificultad el problema. Colóquese en cada aparato un panecillo de a quince céntimos, y ya puede volar sin cuidado, porque díganme ustedes quién es el tío que hace bajar a un panecillo en estos tiempos.

¡A otra cosa!... También he dicho que de hoy en adelante me comprometo a que nunca falte fluido eléctrico, a despecho de averías y cortes de corriente y demás abusos a que nos tienen acostumbrados las Compañías. El procedimiento de mi invención es de una sencillez de codorniz: consiste en pasarse por el despacho de un consejero y preguntarle cuál es su torero favorito, o el tenor de su predilección, o el político de su agrado. Si él dice que *Nacional II*, que *Fleta* y que *García Prieto*, ustedes le replican que los amos son *Chicuelo*, *Hipólito Lázaro* y *Bergamin*. El hombre se enfadará, defenderá su criterio, discutirán ustedes acaloradamente...; y como de la discusión sale *la luz*, al volver a casa se encontrarán ustedes todos los aparatos encendidos y con un voltaje maravilloso...

Continuemos... Prometí decirles a ustedes el medio de averiguar si la leche o el vino que van ustedes a beber tienen agua... ¡Claro que esto no vale la pena de averiguarlo, porque desde luego sabemos que sí, que la tienen; pero, en fin, no por eso mi invento deja de ser una cosa notable y digna de mencionarse!... El procedimiento es genial: se coge el frasco del vino o la jarra de la leche y se introduce en el líquido un pez del Jarama completamente vivo (aunque no tan vivo como el tabernero y el lechero). Si el pez se encuentra bien allí, es que hay una de agua que mete miedo. Si no hubiera agua, el pez se moriría, natural-

mente...; ¡pero ya verán ustedes cómo no se muere!...

Vamos a otro asunto... ¡A lo de los gases asfixiantes!... Esto no es para tratarlo con gran lujo de detalles; pero reconocerán ustedes que es una tontería montar una fábrica para producir los susodichos gases, cuando ese dinero se puede dedicar a mejorar el rancho de los soldados. ¡Un rancho constituido por varias arrobas de judías a la bretona, es una amenaza para las tropas enemigas mucho más seria que todos los productos químicos habidos y por haber!... ¡Y si no, que hagan la prueba!...

Pasemos a la descripción de mi método para suprimir el humo de las locomotoras de los trenes... Esto es todavía más sencillo: el humo lo produce el carbón, y el carbón se quema para calentar el agua de la caldera: la cosa es indudable. Pues con tener en cada estación un depósito de agua hirviendo para echarla en la máquina cuando pase el tren, está arreglado el asunto. ¡Se acabó el humo, se acabó el carbón, y, por desgracia para ellos, se acabaron los fogoneros; pero, en cambio, pueden los viajeros asomarse a las ventanillas sin que la carbonilla se les meta por los ojos y les tizne la faz!...

¿Y qué diré de mi prodigioso salvavidas para tranvías y autos? ¡Eso va a ser una revolución y me va a valer una estatua en una de las mejores plazas de la villa!... Mi salvavidas es un sencillo aparato gramofónico colocado en la delantera del auto o del tranvía. El gramófono va diciendo constantemente esta frase: «¡Caballeros! ¿Me permiten ustedes pasar, y muchas gracias?», o esta otra: «¡Con permiso, señores, y perdonen que les moleste; pero voy de prisas!» No hay que decir que no habrá nadie que no se aparte y deje el paso libre, pues en España, cuando las cosas se piden con amabilidad, se conceden en el acto. Para los automóviles mi salvavidas tiene una ligera variación: el gramófono va tocando el tango de *La montería*, lo que dará lugar a que la gente corra todo lo lejos del auto que le sea posible, y la consecuencia será suprimir radicalmente todo peligro de atropello.

Y ahora queda lo mejor: mi invento para que no se puedan tomar las trincheras por el enemigo. Esto dará lugar a numerosas controversias con los ingenieros militares, y algún estratega se atreverá a reírse de mí; pero yo no le haré caso. Confío tanto en mi nuevo sistema, que sería capaz de desafiar al mismo Napoleón si viviese todavía.

¿Y a que no aciertan ustedes qué es lo que hay que hacer para que el enemigo no tome las trincheras?

Pues es el huevo de Colón... ¡Lo que hay que hacer es ofrecérselas!... Pero al hacer el ofrecimiento, hay que decirle que para dárselas se queda uno sin ellas, porque no tiene otras. El enemigo, si está bien educado, tiene que rechazar el ofrecimiento con frases como esta: «¡Si

tuviera usted otra la tomaría; pero no se va usted a quedar sin ella por darme gusto a mí!»; a la cual se debe contestar con un «¡Tómela usted, no sea tonto, que tengo yo mucho placer en servirle!»; lo que dará lugar a que el enemigo vuelva a replicar: «¡He dicho que de ninguna manera, que no la tomo! ¡Pero como si la tomasé! ¡Se lo agradezco de todos modos!»

¿Ven ustedes qué sencillo y qué claro resulta el procedimiento?

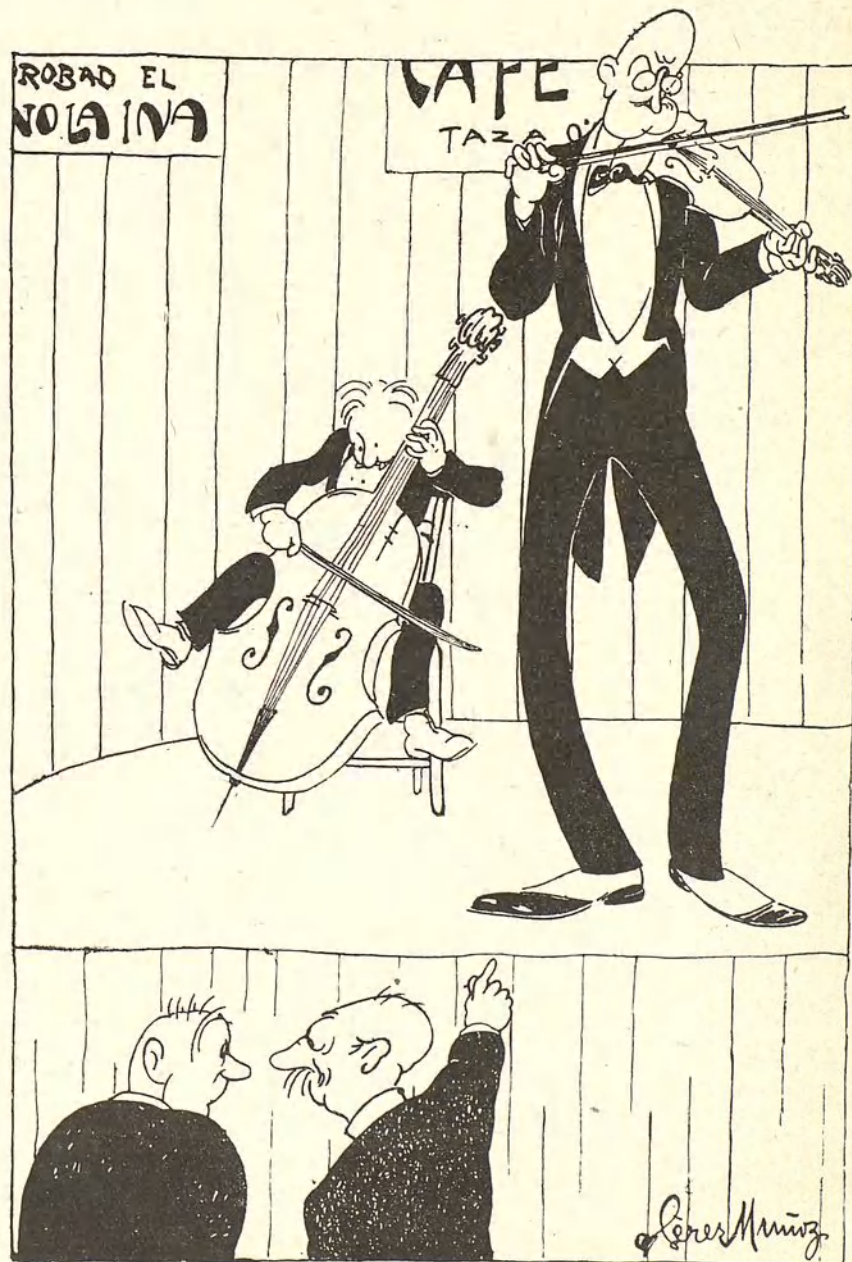
Pues respondo de su eficacia, como

respondo de la de todos los demás inventos que he tenido la honra de exponer a la consideración de ustedes.

Y ahora espero (sentado cómodamente, como es natural) a que se me haga justicia. Y para el día de las pruebas oficiales quedan todos ustedes invitados, así como sus familias y las personas de su amistad, por numerosas que sean. Para todos habrá sitio.

Yo soy así... Modesto y generoso.

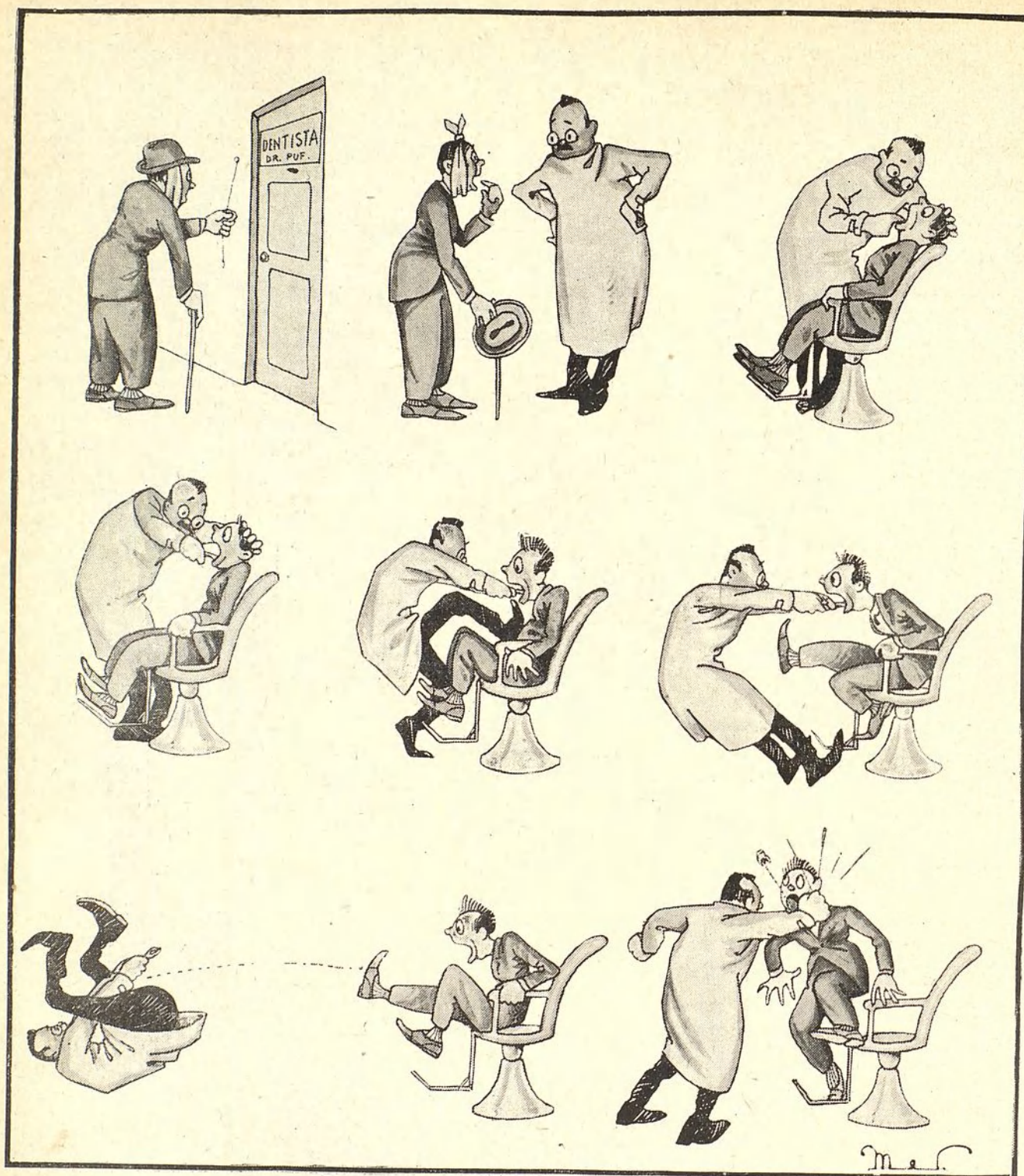
ERNESTO POLO



Dib. PÉREZ MUÑOZ — Madrid.

— ¡Qué absurdo! Dígame usted si no hubiera sido más lógico que dieran el violín grande a este alto.

Ayuntamiento de Madrid



Dib. MEL. — Madrid.

*¡Donde menos se piensa...
salta la muela!*

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA LECCIÓN DEL ESTUDIANTE PORTUGUÉS



El estudiante portugués, con su levita, su capa, su boina y su bandurria, es una lección para nuestro estudiante español, cada vez más ganso y más atrofiado.

El portugués sabe que hay tradiciones que se deben conservar, como hay tradiciones que destruir, y ha sabido guardar la tradición de la gentileza del estudiante, tan noble, tan personal y tan simpática, marcando un carácter diferencial de las demás clases sociales, monótonas e indiferentes.

El estudiante portugués tiene una capa negra airosa, elegante. El estudiante español *tenía* una capa. ¿Qué ha hecho de ella? ¿Acaso la capa española no es mucho más gentil y graciosa que la gabardina, el gabán de travilla o el impermeable de trinchera?

El estudiante portugués sabe tocar la guitarra y cantar fados (fados de *verdad*, señores músicos de cuplés y de revistas) al pie de una ventana... ¿Romántico?... ¿Y por qué no?...

¿Qué pueden poner, en cambio, nuestros estudiantes? ¡Ah!... ¡Son estudiantes católicos!... ¡Saben jugar al foot-ball! ¡Chutar! ¿No es nada eso?... Y decir gansadas en el cine, y armar escándalo por los pasillos de la Universidad, y pintar en las paredes, y cantar *La montería* o los *platillos del Arco iris*, dando patadas en los bancos por todo acompañamiento.

Ya era hora de que nuestros estudiantes devolvieran a los lusitanos sus visitas. Pero ¿qué van a hacer ellos en Portugal? No sólo han dejado perderse las *tunas*, sino que ni podrían dar conferencias sobre nada. No tienen idea de esas cosas. Todo es *cursi* y ridículo para ellos. ¡Viva el chaleco de lana y el bastón *charlot*, como símbolos del estudiante madrileño!

En nada se diferencia nuestro estudiante de un hortera. Igual burrea por las calles, cuando se presenta.

Es triste confesarlo; pero es así. No podemos exhibir nuestros estudiantes.

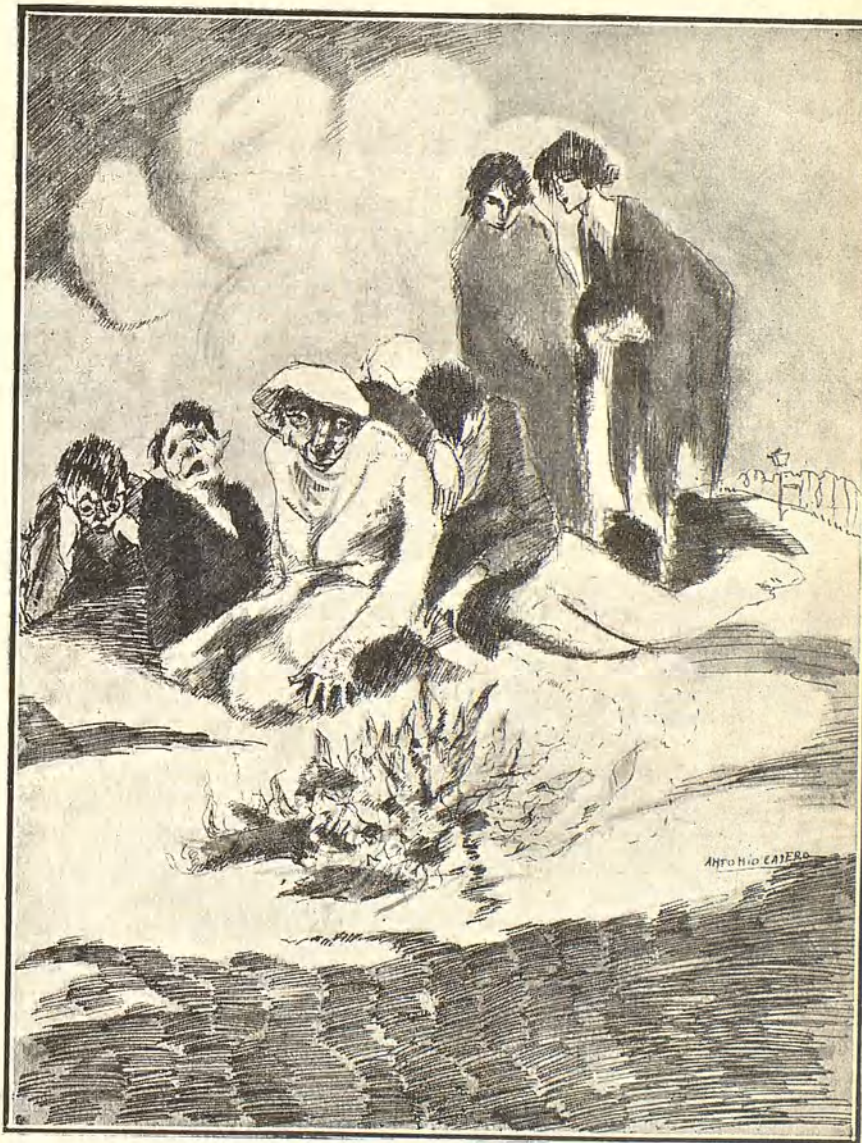
¿Querrán creer ustedes que en un aula de la Universidad Central, en uno de sus últimos bancos, hay grabadas con navaja, tres listas de nombres de marcas de automóviles? «Minerva», «Packard», «Rolls Royce», «Hudson». .. y así sus doscientos nombres. ¿Qué clase de inteligencia puede concederse a ese estudiante que ha estropeado el material de enseñanza, no ya para poner *Cueva es un tal* o *Gascón es un cual*, que al fin serían desahogos lícitos y naturales, sino para una tarea tan estéril y tan lamentable?

Un amigo nuestro, aficionado a la literatura solamente, estuvo en Lisboa

hace unos meses. Hizo allí amistad con unos estudiantes que le llevaron al local de su Asociación, donde tienen su biblioteca, sus instrumentos de música; y una vez allí, le hicieron dar una conferencia sobre literatura española. Nuestro amigo pudo salvar la situación charlando de nuestros escritores y contando anécdotas de ellos. Los estudiantes le escucharon atentamente la improvisada conferencia, deslavazada, sin tema ni pies ni cabeza, pero llena de pe-

queñas cosas interesantes, y al terminar le rogaron que les dejase escrita una lista con los nombres de los escritores españoles contemporáneos que deban leerse. Mi amigo les dió ésta: Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Azorín, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Gómez de la Serna; y, a su vez, les pidió una lista de autores portugueses. Fueron éstos: Antero de Quental, Eça de Queiroz, Guerra Junqueiro, Herculano, Teixeira de Pascoaes, Castro, Coimbra, Dantas, Fialho D'Almeida y Raúl Brandao.

Este detalle, tan sencillo y natural, no sucedería en Madrid. Apuesto la cabeza a que ningún estudiante nuestro ha he-



Dib. CASERO. — Madrid.

— *Patro, ése es mi hermano, un compañero más; hace tres días que cumplió seis años en Ocaña.*

— *¡Caray, qué joven!... Representa muchos más...*

Ayuntamiento de Madrid

cho ni una pregunta de literatura portuguesa al de Coimbra. Si éste le hubiese preguntado por autores españoles, se hubiera llevado el convencimiento de que Retana, Belda, Hoyos, Mata y *El Caballero Audaz* son los autores más leídos en España.

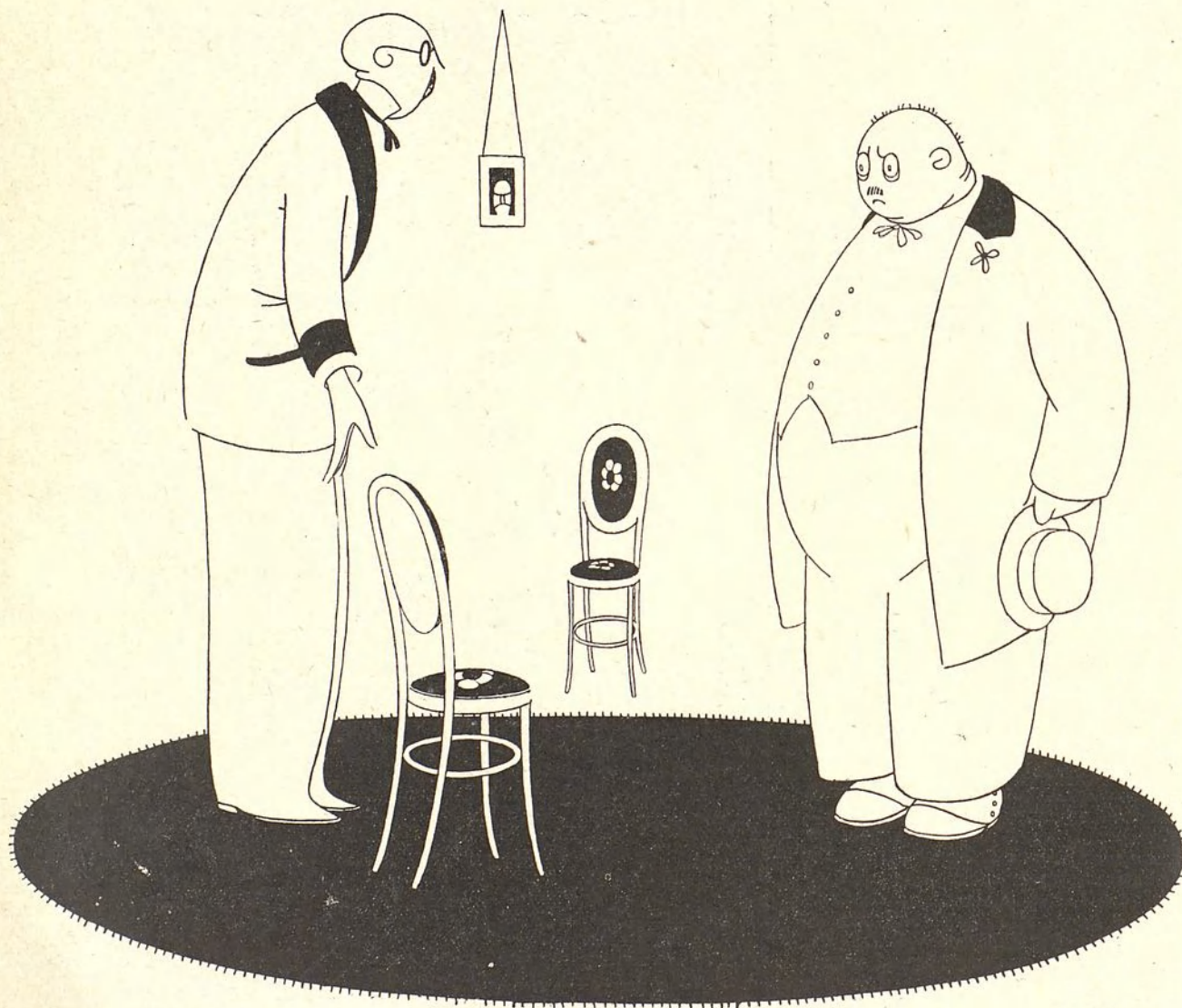
Han de exhumar la capa y con ella la

leyenda. Hay que saber después quién fué Galdós y quiénes son Cajal, Carrasco, Torres Quevedo, Casares y tantos otros. Hay que leer y oír música. Tampoco estaría de más pensar un poco. Lo de menos será que estudien.

Bien está que se pierda una hora de estudio; pero no para emplearla en ju-

gar al *foot-ball*. Todo lo que se haga con los pies es inferior, necesariamente. Me diréis que en el *foot-ball* también se juega con la cabeza; sí, pero es por fuera y a golpes. Así no adelantaremos nada.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



CORTESIA

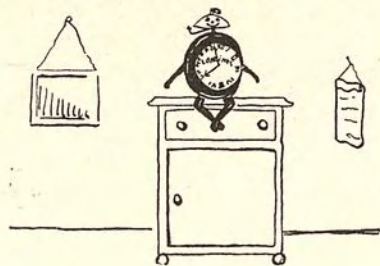
— Siéntese usted...

Dib. RIVERO GIL. — Melilla

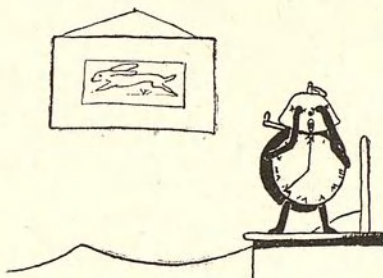
Ayuntamiento de Madrid

LA HONRADEZ PROFESIONAL SE SUELE PAGAR MUY MAL

CUENTO INFANTIL



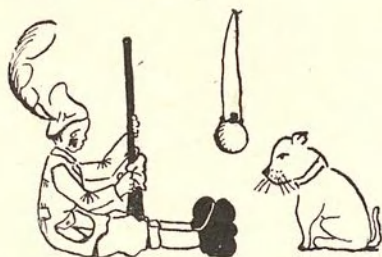
1. — Va de cuento. Pues, señor..., este era un despertador.



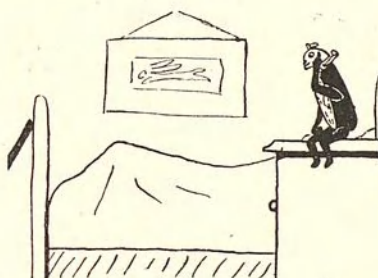
5. — Pero, ¡oh Dios!, dormido el dueño, le entró al reloj también sueño...,



9. — ¿Que dónde iba con tal fe?... Pues iba a... ¡tomar café!



2. — Queriendo su dueño un día marcharse de cacería...,



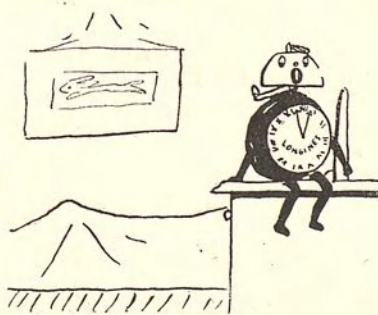
6. — ... siendo la tal soñolencia un problema de conciencia.



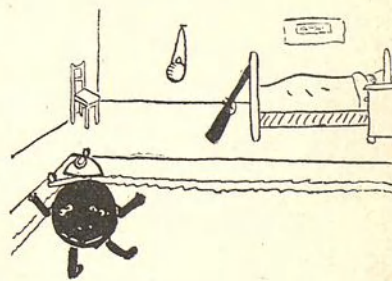
10. — Una taza de recuelo le dió un prudente desvelo,



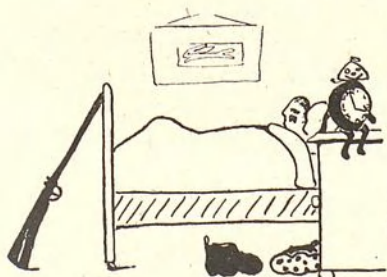
3. — ... la vispera del asunto lo puso a las cinco en punto...,



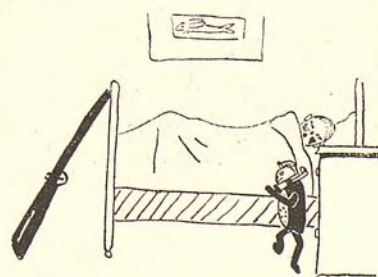
7. — «Si yo me duermo, ¡qué horror!...» (pensaba el despertador).



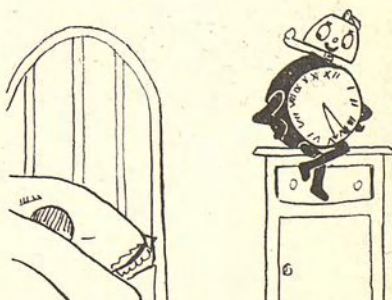
11. — ... y volvió a la habitación a cumplir su obligación.



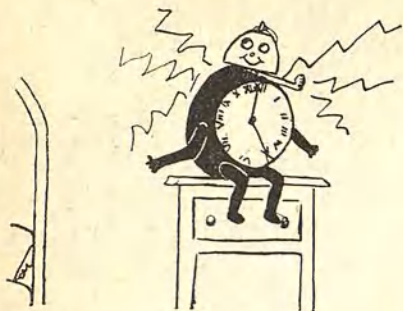
4. — ... y fiado en tal acción, se durmió como un lirón.



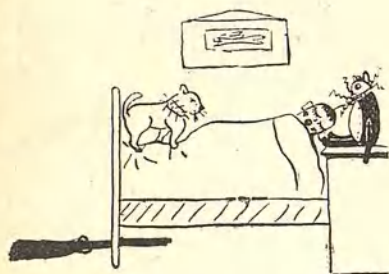
8. — Y de la mesa de noche saltó, y se metió en un coche.



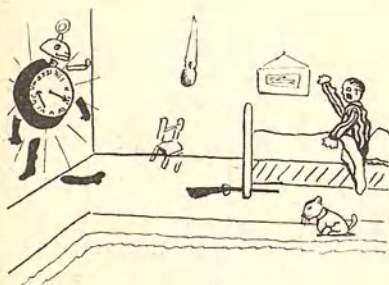
12. — Bien despierto y vigilante, esperó el ansiado instante.



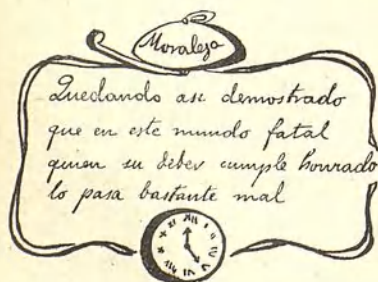
13. — Y ya a las cinco, por fin, empezó «tin, tin, tin, tin...»



14. — Pero estaba en tal sopor el maldito cazador,



15. — ... que, furioso, su merced tiró el chisme a la pared.



LUIS DE TAPIA

Dibujos de Almita Tapia.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

¡ES MUCHA MÚSICA!



ONQUE decadencia del arte lírico nacional? ¿Decían ustedes de la invasión del verso en los teatros? Pues, ahora, música en Apolo, música en Esclava, música en la Latina, en Martín, en el Reina Victoria, en la Zarzuela, en el Cómico, en Novedades, y muy pronto en la Princesa y en el teatro de Maravillas...

Y no podremos permitir que se nos diga que todo eso es música, valga la aparente contradicción, porque las temporadas se realizan con éxito brillantísimo, y las que se anuncian prometen también ser espléndidas.

El caso del joven maestro Guerrero es algo que emulará a los compositores españoles y les hará comprender que el *quid* está en tropezar con la música popular, teniendo cuidado al *tropezar* con no dar el *golpazo*...

La montería ha permitido a Guerrero cobrar una cantidad fabulosa de piezas... de a duro, de tal forma, que ya la envidia comienza a hacer de las suyas, y los eternos *comentaristas* propagan por los saloncillos frases mordaces, de las que hacen víctima al músico triunfador.

Claro es que nosotros nos libraremos de transcribirlas para no caer en el enojo de los interesados; pero conste que nos quedamos con las ganas de hacerlo.

Y volvamos al género lírico invasor, para estudiar si lo que priva es lo nacional o los remedos de la música extranjera.

¿Son españoles los tangos, los *shims*, los *fox*, etc., etc.?

¿Son estas músicas con acompañamiento de *jazz-band* las que enloquecen a los públicos y salen a la calle y se escuchan de labios del ciego alborotador, y del golfillo, y de la cocinera perseverante en el canto y en la destrucción de las vajillas?

Pues si los músicos españoles han de hacer esto para conseguir el triunfo, olvidemos de una vez el tópico de nuestro género lírico y nacional, y hablemos del ruido de moda.

Que es lo que dice un antiguo compositor muy aplaudido y lleno de gloria:

— ¡Qué me van a decir a mí! Estos músicos de la última hornada cobran el dinero a espuertas y arman mucho ruido...; pero es precisamente por hacerlo... Esas partituras constituyen un ruido infernal... que no se parece en nada a la música...

UN SUCESO



NO crean ustedes, si ven a Valeriano León, con su carita de niño, roja como un tomate, la explicación oficial que él les dé.

Si afirma que los *desperfectos* que sufre le fueron producidos en una fiesta taurina, a las que él es muy aficionado, y toreando por faroles a un becerrete, no le crean ustedes. Es para darse *postín*, y para disimular.

Si encuentran ustedes al actor de la Comedia Sr. Tobías, con un ojo a la *funeral* y unos alarmantes arañazos en el carrillo, tampoco crean la versión que él facilite.

Si les dicen a ustedes que por una cuestión baladí produjeron ambos artistas un suceso parecido a la batalla del Marne..., comiencen ustedes a creer.

Si afirman que Tirso Escudero impuso su autoridad y en el escenario de la Comedia *no ha ocurrido nada*, entonces créanlo ustedes a pies juntillas.

Y si les dicen que nos alegramos de que todo haya terminado felizmente, háganse la cuenta de que les están refiriendo el Evangelio.

PROTESTAMOS



PROTESTAMOS contra la inhumanidad que supone el hecho de que Emilio Díaz permanezca debajo de una piel de oso cerca de una hora, durante las representaciones de *Simón y Magdalena*.

Igualmente porque a la Srta. Margarita Díaz, también de Romea, se le obligue a estar metida dentro de un arcón estrechísimo lo que duran las escenas aludidas...

Que no es representar comedias, sino *padecerlas*.

No les queda otro consuelo sino el de pensar que se ganan el pan con el sudor de su frente. Y con el del resto del cuerpo...

JOSÉ L. MAYRAL

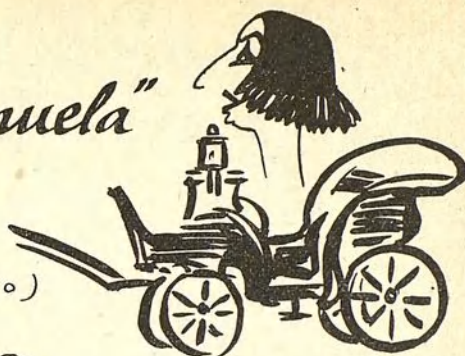
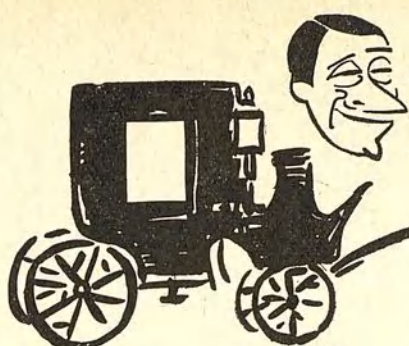


Teatro Romea

"Simón y Manuela"

fuquete cómico

de
siente (hijo) y
Paso (hijo)



La Sándalia
 Sujeta que
 lucha por
 la pereta



¿Quiérais un
amadeo
que estallo,
yo, así lo creo.
Porque el
pobre a cual
quier hora
se la pega a
su reñora.



Juana, que antes con Simón
Tuvo escenas de salón
Y ahora con este de al lado
dir que se ha contrabulado.



Juega un papel de
importancia
el reloj que hay en
la estancia



Apente y desmemoriado
Reasma un terrible
fregado
(En colaboración con Siente
y Paso)

Juana, ven al hotelito
Para vernos, un ratito
; Pero no, no pongas eso.
No me la des tú con queso!



EL ; Huye que un tiro nos mete
Volvámonos a Albacete!
ELLA: Di Julio. ¿los que se casan
la primer noche así pasan?

; Si no lees el contrato
Heredas dentro de un rato!
Y que bajen el telón,
Porque ya es vuestro el millón!

EL ÚLTIMO ESTRENO, por ROBLEDANO.

Ayuntamiento de Madrid

GRAFOLOGÍA

Encontrándose entre nosotros el profesor sueco Sterne Wikings, gran admirador de los monos de BUEN HUMOR y de las *monas* de algunos de sus redactores; siendo famoso en el mundo el acierto de sus impresiones grafológicas, y queriendo dar a nuestros lectores una muestra de la habilidad que tiene el gachó para averiguar los puntos que calza un sujeto sólo con leer cuatro líneas de letra suya, hemos solicitado de su amabilidad que nos hiciese el estudio grafológico de unas cuantas celebridades españolas, para recreo de nuestros favorecedores. Sterne Wikings, ante nuestra pretensión, no se ha hecho el sueco, a pesar de que lo es de nacimiento, y como resultado de sus estudios transcribimos a continuación las impresiones obtenidas a la vista de varias cartas de las personas célebres cuya observación le hemos encomendado:

Romanones. — Escritura vulgar. Inseguridad en el trazo. Sintaxis desastrosa. Las frases, en su mayoría, son cojas. Prurito de ahorrar tinta, como lo demuestra el que ninguna *i* tiene el punto. Romanones no tolera más punto que él. Tinta mala, mezclada con agua. Papel barato.

Maura. — Estilo indescifrable. Abuso del punto y coma. Párrafos largos. El rabo de la *p*, larguísimo. El rabo de la *a*, ligeramente rizado. Todas las letras tienen rabo. Se ve que el autor es mallorquín. Lo que dicen las cartas es imposible entenderlo. Todas las palabras son castellanas; pero se ve que no están colocadas en su sitio. Es una cosa así como si las hubieran agitado antes de usarlas.

Chelito. — Escritura muy abierta, casi estoy por decir que abierta toda la noche, como la farmacia militar. Exagerado abuso de los puntos suspensivos. La letra a veces es fina, sin perjuicio de lo cual hemos visto algunas palabras gruesas.

Sánchez de Toca. — Letra menuda como la que hacen las personas que al escribir ponen la cabeza encima del papel. Esto demuestra reflexión, talento sólido, cultura enciclopédica y vista cansada. Hay algunos borrones; pero como hechos con pincel. Esto seguramente obedece a que Sánchez de Toca, sin darse cuenta, borra con la nariz lo que va escribiendo con la mano.

Loreto Prado. — Buena letra. Estilo familiar. Sensible pérdida de alguna *h*. Firma firme. En el trazado de las *emes* se adivina un genio vivo; pero en la *ch* hay una dulzura casi amorosa. La *ch*, como ustedes saben, es la inicial de Chicote.

Muñoz Seca. — Escritura desigual. No se puede decir que sea de letra inglesa; pero tampoco es letra española. Seguramente es letra andaluza. Los trazos acusan a un hombre alegre. La palabra *exageración* está escrita con jota;

pero esto mismo demuestra la alegría de Muñoz Seca: se arranca con una jota sin ninguna necesidad.

Vicente Blasco Ibáñez. — Letra ligera, pero bien formada (una cosa así como Paquita Torres). Hay trazos duros (el hombre de Valencian), y trazos delicadamente espirituales (el hombre de la Costa Azul). Lo que se ve es que escribe de prisa y sin pensarlo mucho, porque hay un momento en que escribe parisién, debiendo escribir parisiense, que es como se dice en Madrid. En Valencia no sé.

Antonio Paso. — Letra española, elegante, clara, segura. Tranquilidad de conciencia. Deseo de agradar. Afición al vino de Jerez. Gran cantidad de faltas de ortografía (temperamento independiente, rebelde, enemigo sistemático de la Academia). Un detalle: nada de lo que dice en la carta que tenemos a la vista es verdad.

Ossorio y Gallardo. — Trazo rotundo. Todas las letras mejor terminadas que un par de zapatos. Se ve que es un hombre que piensa mucho lo que escribe. (¿Qué pasaría si no lo pensase, Dios mío?) Una prueba de que escribe despacio y reflexionando la tenemos en la firma. Se advierte claramente que no escribe de una vez Ossorio y Gallardo, sino que primero hace el *osso*, luego pone el *rio* y después de una pausa estampa *y Gallardo*. Esto de un golpe como si fuese a poner después *y calavera*. Pero no lo pone. Se comprende que no le gusta presumir.

Por la transcripción,

NÉSTOR O. LOPE

EL MOTIVO

¡Brillante era porque sí aquel día el jueves de la marquesa del Tembleque!

Muchos niños monos, con su eterno jay, que me troncho! en los labios, acudieron para bailar y presumir de elegancia.

— ¿Cómo no habrá venido al té nuestro amigo Carlos? — inquirió alguno.

— Por falta de apetito — se apresuró a decir un guasón.

— No creo que para asistir a esta fiesta se necesite tener apetito — clamó enfadado el primero.

Pero un nuevo contortulio calmó los excitados nervios explicando la ausencia del popular Carlitos:

— No asiste, sencillamente, porque se ha deshecho su boda.

Sensación.

— ¿Que se ha deshecho?... ¡Si parecían amarse de verdad!

— Claro que sí; pero no por eso deja de existir un motivo poderoso: Carlos ha demostrado ser hombre de poco gusto, y poco complaciente al mismo tiempo. ¡Carlos no ha querido limpiar su boca con los dentífricos Sanolán!

TITIRIMUNDILLO

— ¿Has visto las óperas cortas de la Comedia?

— No; pero me figuro que serán como todas.

— ¡Si te digo que son cortas!

— Pues por eso. Tú vas a las demás óperas, y cortas... por donde quieres y te largas. ¿Lo comprendes ahora?

«Terremoto en Méjico.»

Esta noticia la leemos en la sección taurina de un periódico, y nos creemos que ha vuelto Belmonte a América.

— Pues yo, la verdad, eso de las elecciones no lo entiendo, Celipe.

— ¡Rediez, pues es mu sencillo! Tú, desde los veinticinco años, votas.

— ¿Botas? Pues por eso no lo entiendo; porque yo, desde los veinticinco años, alpargatas.

«Los atracadores, después de coger las 4.500 pesetas, huyeron hacia el monte.»

¿Cuatro mil pesetas, y al monte con ellas?

Las perdieron, seguramente.

En cuanto les echaron unas cartas contrarias.

Según las últimas noticias, parece ser que hay escasez de azúcar en España.

¡Dios mío! Ahora sí que podemos asegurar que se nos prepara una vida muy amarga.

— Diga usted, señá Eusebia, ¿pica ya en los toros su marido?

— ¡Quí! Dice que les tiene miedo a los morrones.

— ¿De modo que morrón, y no pica? ¡Usted se ha casado con un pimiento dulce!

A Eugenio Coda le timaron 750 pesetas.

¿Que cómo tué? Pues se conoce que abusando del apellido.

Diéronle coda, y abur el dinero.

«Hacia un teatro ideal.»

Nos lo figuramos.

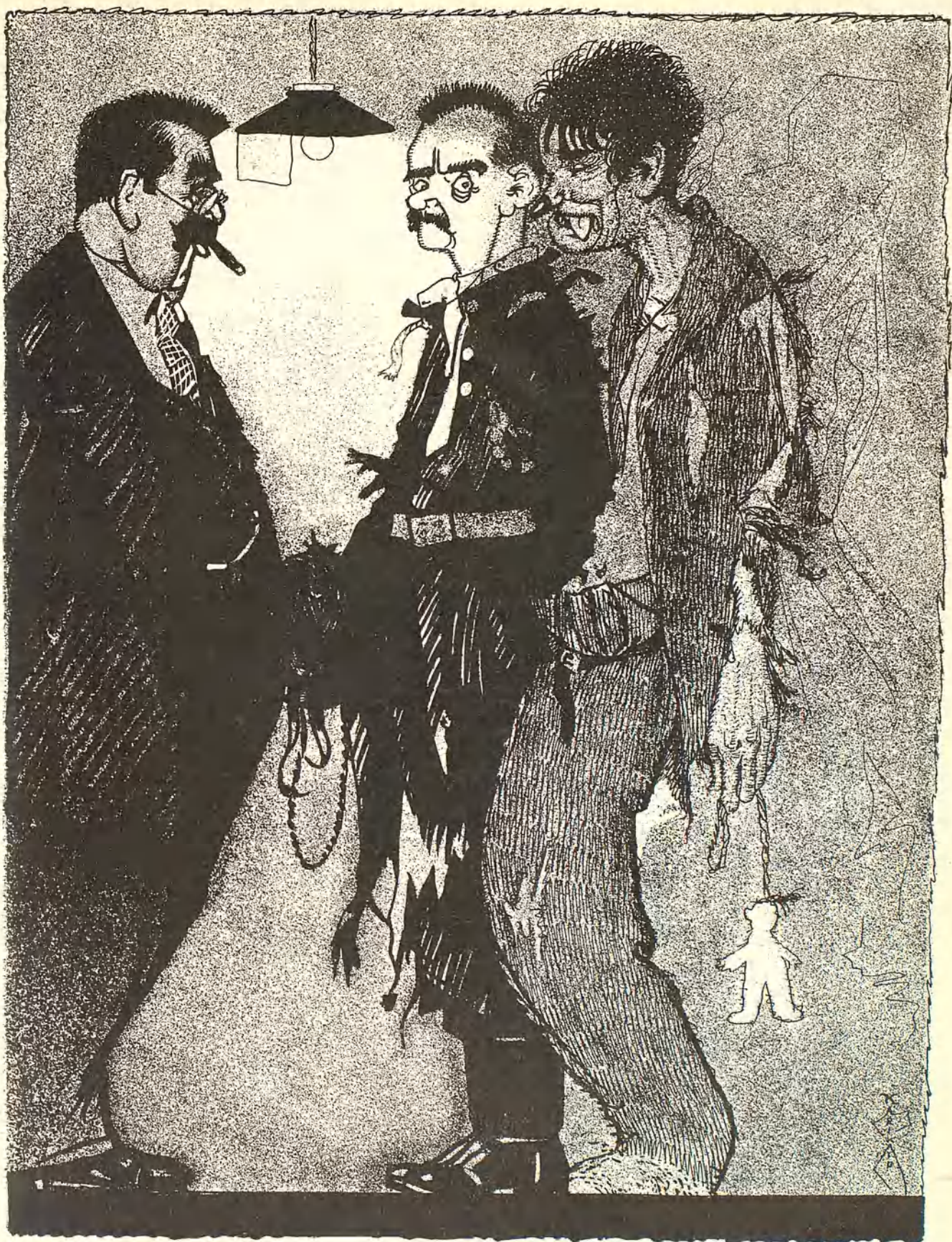
Aquel al que asistieran todos los espectadores con billetes de favor.

— ¿De modo que ya no eres cajero en ese establecimiento?

— Dijo el dueño que tenía queja de mí.

— ¿Y has salido por la queja?

— No. ¡Por la caja!



Dib. KARIKATO. — Madrid.

— Nada, señor comisario... A este guardia que le traigo detenido con una merluza fenomenal...

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

RAFAEL KIRCHNER

Parte encantadora del humorismo gráfico significa el dibujo galante. Y en el dibujo galante moderno, pocos artistas han sabido definirse y señalar normas aprovechables a sus imitadores como Rafael Kirchner.

Es, acaso, el que mejor concreta la picardía dentro de los límites del buen gusto y el atractivo artístico, sin salirse de la atmósfera estética para los resuellos cortos. No tiene el genial impulso ni la rebeldía de un temperamento dotado para algo más que las estampas agradables, desenfadas, atrayentes, lo que se entiende por *bonitas*, y no exentas de cierto sentimentalismo que barniza la sensualidad a flor de piel.

Habría sido inútil pedirle otra significación más elevada; incorrecto insinuarle la conveniencia de ser menos frívolo. Rafael Kirchner no quería (y quizás no podía) ser sino el costumbrista galante de los momentos felices, el jardinero de un jardín femenino que no consentía visitas sino en la primavera. Se sometía voluntariamente — con un sagaz cumplimiento del aforismo griego *gnothi seauton* — al nivel de las cortesanas y sus adoradores, donde no faltan poetas que madrigalizan los amores con tarifa y jovencitos que presumen de sensibilidad y de intelectualismo como de sus corbatas, sus bastones y sus camisas.

No es fácil en España, fluctuante entre la hipocresía fanática de los tartufos o la rijosería obscena, halagadora de los bajos instintos de la plebe, comprender la exacta calidad del



TEMIENDO EL NAUFRAGIO



LA FLECHA CERTERA

dibujante galante y — lo que todavía importa sobre esa calidad — su verdadera eficacia. Se confunden lamentablemente las mujeres y el vocabulario de los prostíbulos ínfimos, con las simpáticas e ingeniosas audacias picarescas apartadas por higiene estética de la inspiración lupanaria.

No hace falta citar nombre de una u otra orientación. Se les estima dignamente a los que han sabido elegir su ruta amable y limpia, a los que han colocado junto a Kirchner y de espaldas a los grafitos sucios que anónimos erotómanos van trazando en ciertas paredes.

El humorismo galante crea mujercitas de una adorable normalidad en su feminismo atrayente. En sus cuerpos no existen blanduras excesivas, hinchazones para uso de cocheros o escolares, ni sinuosidades ambiguas de folletín decadente. Dan sensación de flores, de mayólicas, de muñecas de amor, como las reclusas del Yoshiwara oriental, o como las madamitas del *buen siglo*, con sus cofias y sus medias blancas.

La media blanca tiene gentil prosapia erótica. Esas madamitas del siglo XVIII, excelentes y eclécticas discípulas o maestras — alternativamente — de abates, enciclopedistas y galanes robustos, gustaban de lucir con frecuencia sus medias blancas, demasiado ocultas por las faldas pomposas. Desde el divino Fragonard y Boucher — ¡oh, *les hazards heureux de l'escarpolettes!* — hasta los dos Moreau y Baudouin, no prescindían de la media blanca en sus grabados picarescos. No falta tampoco en los dibujos de mediados del siglo XIX, firmados por Gavarni, Grevin y Constantin Guys, en Francia; por Ortego, Planas y Cubas, en España.

Subsiste, por fortuna, en los maestros del género de este siglo, reivindicativo de los fueros galantes.



PENSANDO EN ÉL

Rafael Kirchner tuvo la historia breve y romántica de sus heroínas habituales. La lucha con la miseria y la hostilidad, al principio; el esplendor fulgurante, dadivoso y ecoico, luego; el melancólico fin, por último.

Rafael Kirchner era austriaco. Esta Viena harapienta que ahora hacen suponer las coronas en baja y los cuentos fáciles, donde un español puede comprar palacios con seis pesetas, no parece propicia a crear aquella clase de dibujantes a lo Kirchner de sus jornadas tranquilas, anteriores a la Gran Guerra.

La mujer vienesa tenía entonces el cetro de las elegancias y de las tentaciones venusinas. Los modelos abundaban en los paseos, en las fiestas mundanas, en los restaurantes de placentero pecado. Rafael Kirchner podía, pues, adiestrar su arte hacia el propósito encantador que le obsesionaba y le precedía el triunfo. Y Kirchner era entonces uno de tantos mozos exaltados de ensueños y lánguidos de harturas sensuales, que piensan en la gloria como en una queridita más.

Pero en el fondo, Viena, la Viena de grandes damas y grandes cocotas, la Viena pronta a todas las renovaciones y todos los esnobismos artísticos, era la capital de Austria, y los austriacos llegan hasta un punto de distinción en su sensibilidad erótica y allí se detienen.

Kirchner precisaba el doctorado parisién. Y con sus álbumes llenos de siluetas femeninas se trasladó a París. Es Francia quien le formó, técnica y espiritualmente. Francia fué además esa amante que los jóvenes artistas imaginan conquistar en el remoto sueño glorial.

Porque Kirchner absorbe, retiene para sí la complaciente sumisión de las galanías humorísticas. Sus estampas se coti-

zan a un precio fabuloso; los escaparates rebosan de libros ilustrados por él; en las grandes revistas saborea el orgullo de tener la tarifa más alta.

No le basta París, e invade Londres. Publicaciones como *The Sketch* y otras de semejante prestigio, le reciben y lo conservan para sus páginas de honor y de atracción.

Legiones de dibujantes se esfuerzan en *hacer su Kirchner*, como legiones de pintores, con un criterio absolutamente distinto, se esfuerzan en *hacer su Cezanne*.

Y no se mezclan estos dos nombres tan opuestos por mero capricho, sino para fijar cronológicamente el momento apoteósico de Kirchner, que, siendo todo lo contrario de lo que significa el apogeo del postimpresionismo, tenía paralelamente sus fanáticos ante las vitrinas de los marchantes; y bastaba su nombre para proteger malas mercancías novelescas, como el nombre de Cezanne para encubrir arrivismos de la crítica de arte.

Llegó a empalagarse París, más que de los dibujos galantes de su ídolo y de su adúlador, por las imitaciones de los que le salteaban los trucos agradables.

Kirchner, dentro del ambiente peculiar a su trayectoria ideológica y pictural, sonreía al triunfo como ahora, por ejemplo, Domergne dentro de la suya, un poco más elevada, pero no menos monótona. Y las mujercitas de sus estampas y sus cubiertas, y sus conflictos sentimentales de poca monta, resueltos en una silueta dulce de paladear como un bombón perfumado y fácilmente derretible, le llenaban el estudio y le saciaban el placer. Se le llevaban los francos también, después de ser ellas el pretexto para ganarlos con sólo desnudarlas un poquito más sobre las páginas de *couché* y los grabados para garzonera de buen tono o alcoba de cocotita en hoga.



EL RECUERDO



¡QUÉ HORROR!...

Dib. FONSECA. — Madrid.

— ¡Figúrese usted, si de esa altura se le rompe la cuerda!...

Pero súbitamente la guerra obliga a Kirchner a expatriarse de la patria elegida, así como el arte — su arte — le obliga a abandonar la patria de nacimiento.

París, como Atenas ayer, no olvida nunca que todo extranjero es un *meteco*. Kirchner, más francés que muchos franceses, no puede continuar en Francia, no puede refugiarse en Inglaterra, y abandona Europa.

«¡Bah — piensa —, esto pasará pronto!» Se refugia en los Estados Unidos. Procura inútilmente prolongar a América los éxitos de París. Una gran melancolía le va venciendo poco a poco. La nostalgia de la vida parisienne aun le sirve algún tiempo para trazar acaso los mejores, los más sensibles, los más bellos dibujos.

Y, sin embargo, no es la hora de las mujercitas frívolas, de las escenas de *boudoir*, de *cabaret* nocturno, de garzonea tibia para los desnudos femeninos. Las páginas galantes de Kirchner ya no interesan. Las revistas y los editores franceses se las devuelven. Una contricción austera y viril ennoblecen a Francia. Sobre *La Vie Parisienne* y *Fantasio*, el casco azulenco y el gladio bélico sombrean de heroísmo y de sacrificio las perversiones y decadencias de ayer...

Incluso un mal día, Rafael Kirchner se entera que su estudio de París ha sido confiscado, esparcidos los amables tesoros, los amatorios recuerdos que contenía. Y él, que se consideraba un parisiense expatriado, comprende que fatalmente, inevitablemente, subsiste bajo su temperamento latino la nacionalidad austriaca.

Antes de terminar la guerra, mucho antes de presentir que retornarían en un furor dionisiaco las embriagueces galantes de otrora, Rafael Kirchner muere pobre, oscuro y olvidado.

He aquí un tema para los rezagados continuadores de la novela romántica a lo Feuillet o lo Georges Onhet; para los continuadores de la novela — también *demodée* — a lo Willy o a lo Feliciano Champsaur.

Yo me he limitado al esquema biográfico, paralelo del comentario crítico.

JOSÉ FRANCÉS

MENDIGOS CRÓNICOS EL DE LOS ATAQUES EPILÉPTICOS

Lugar de la acción: cualquier calle de Madrid que esté poco vigilada por los guardias... Ahora caemos en que con haber dicho simplemente «cualquier calle de Madrid», estábamos al cabo de la misma y quedaba dicho todo... Bueno; total, unas líneas más para el compañero cajista, y que disimule.

Calle arriba o calle abajo — es lo mismo — avanza *el Alas* (née Dalmacio Madruño), apodado como se deja dicho a causa de la magnitud enorme de las alas del pavoro con que se toca la enmarañada cabezota. *El Alas* porta, atravesados sobre el cogote negruzco, dos sacos, estrechos y largos, que contienen arena fina para los suelos. De vez en vez se para, mira atrás y adelante, y si ve que nadie avanza hacia él o le sigue, continúa; pero si ve a alguien, y si ese alguien tiene aspecto de persona acomodada, *el Alas* inicia su táctica: finge una temblona vacilación en el paso, que se convierte en un traspiés trágico, lanza un par de gritos guturales — que si se los oye Borrás los copia —, y cuando el transeúnte le empareja, se deja caer hacia atrás, rígido y a plomo. Ya en el

suelo, se retuerce como una *Tórtola* poseída por un satán de *cabaret*...; bota, se crispa, rept a y suelta por la contraída boca más espuma que el Cantábrico en día de galerna... Acude el transeúnte en socorro del caído; cercanle los curiosos, entre los que nunca falta un par de mujeres; se escuchan frases por este estilo:

— ¡Pobre muchacho!
— ¡Se debe de haber esnucaol... Yo le he visto de caerse y ha hecho *iguá!*

— ¡No será una borrachera?
— ¡Amos, cálese usted, señora! ¡Es un ataque, y bien ataque, lo que tie el pobre! ¿No ve usted la espuma que echa?

— Es que se puede haber emborrachao con vino de quina...

— ¡Amos, tía cotilla, más valiera que tuvía usted más caridá!...

El Alas continúa su danza horizontal, que toma apariencias de vértigo; pone los ojos en blanco, hace aumentar la espuma, retuerce las extremidades más que Muñoz Seca una frase, jadea, ruge y sacude cada *patá* a los más próximos que los lisia.

— Hay que llevar a este pobre hombre a la Casa de Socorro.

— Como que si no se va morir en metá la calle...

— Pedir una silla...

Entonces comienza a calmarse *el Alas*; cesa el jadeo, amortíguanse las sacudidas, desaparece el estrabismo ocular...

— No, no vayáis por la silla; paece que ya se le pasa...

— ¿Está usted mejor, buen hombre?

— ¿Se le pasa a usted?

— ¡Traerle una poca d'agua!

— Con unas gotitas d'aguardiente... — suspira *el Alas*.

— Pero ¿es que le dan a usted ataques? — pregunta fatalmente la persona más acomodada del corro.

— Sí, señora, señorita — gime *el Alas* —; me dan piléticos, y de nación...; y ya ve usted, trabajando como un negro pa ganarme el pan.

— Pero ¿no le ve a usted ningún médico?

— Sí, señora, señorita; me ve uno que me conoce dende pequeñito...

— Y ¿qué tratamiento le da?

— Me llama de tú; como me conoce dende pequeñito...

Ayuntamiento de Madrid

— Quiero preguntarle, y le pregunto, que si le receta algo...

— Sí, señora, señorita; me receta píldoras de jamón y embrocaciones interiores de jerez; pero ya me ve usted: vendiendo arena. ¡Maldita siá!... ¡Si to el que es pobre se debía de morir!...

Y dos guiños trágicos anuncian la proximidad de un nuevo ataque. Los del grupo se compadecen; comienzan a caer perras más o menos obesas en torno al epilepsiado. La señora preguntona y compasiva se *sacude* una peseta. Algunos ayudan a levantar al *Alas*. Y el hombre se aleja renqueante y doliente..., para repetir la escena en otro distrito.

Desconfiad de los que veáis desplomarse en la vía pública con ataques más o menos epilépticos; sobre todo si llevan sobre la nuca dos saquitos de arena. Y si queréis que se curen instantáneamente, no tenéis más que decir a su lado:

— ¡Por allí viene un guardial!

Os empeñamos nuestra palabra de que le quitáis el ataque más pronto y más radicalmente que si lo llevaseis a la consulta de Ramón y Cajal...

F. RAMOS DE CASTRO

Cómo entró un madrileño en la Gloria

Cuando José Pérez llegó al cielo, lo primero que vió fué una puerta que tenía el siguiente rótulo: «Secretaría.» Apretó un timbre eléctrico que había a la derecha, y quedó agradablemente sorprendido al observar que el citado timbre tocaba el pasodoble de *Las corrias*.

No tardó en aparecer un *botones*, vestido de azul celeste, que le preguntó qué deseaba; y entonces, José Pérez le dijo que deseaba ver a San Pedro, portero y secretario del reino de Dios. El *botones* le hizo pasar a un saloncito de espera y pasó al despacho para anunciar la visita.

Pérez paseó su mirada por la habitación, y vió que, entre otras cosas, había colocado en la pared un retrato de Belmonte, de rodillas, limpiándose la frente con un pañuelo a dos centímetros de un toro más grande que el conflicto de Correos. Se abrió la puerta, y el *botones* le dijo que ya le estaba esperando don Pedro. Pérez se estiró la americana, un poco arrugada por el largo viaje que acaba de efectuar, y penetró en la estancia.

Quedó sorprendido por la espléndida luz que había, y vió, sentado en un *bureau*, al santo; a la derecha tecleaba en una máquina una mecanógrafa, y en otra mesa, un escribiente, con la pluma descansando sobre la oreja, leía el BUEN HUMOR.

— Acérquese y conteste a mis pregun-

tas — dijo San Pedro, abriendo un enorme cuaderno de notas —. ¿De dónde es usted?

— De Madrid — contestó Pérez.

— Excelente ciudad, a juzgar por la respetable cantidad de personas que nos envía — afirmó el santo levantando la cabeza y mirando por encima de las gafas de carey que tenía a caballo sobre su respetable nariz —. ¿Y qué le causó la baja entre los vivos?

— Una mordedura de uno de los cincuenta mil perros hidrófobos que pululan por Madrid.

— ¿Algún acto de su estancia en la Tierra que permita ver su comportamiento y sufrimientos en ella?

Tras una breve reflexión, nuestro amigo Pérez contestó:

— Recuerdo que una vez, siendo la boda de un amigo mío que habitaba en un barrio llamado Pozas, fui invitado a ella, y el día señalado esperaba impaciente en la Puerta del Sol la llegada de un tranvía número veintisiete. Pasó una hora y varios tranvías que iban en otra dirección; pero el mío no llegaba. Al cabo de otros sesenta minutos, veo que avanza, lenta y majestuosamente, el citado medio de locomoción.

»Llegó por fin, monté en él y partimos con rumbo al barrio de mi amigo. Debía de llevar mucho tiempo ya en marcha, pues al mirar por la ventanilla vi que estábamos en la plaza de su colega Do-

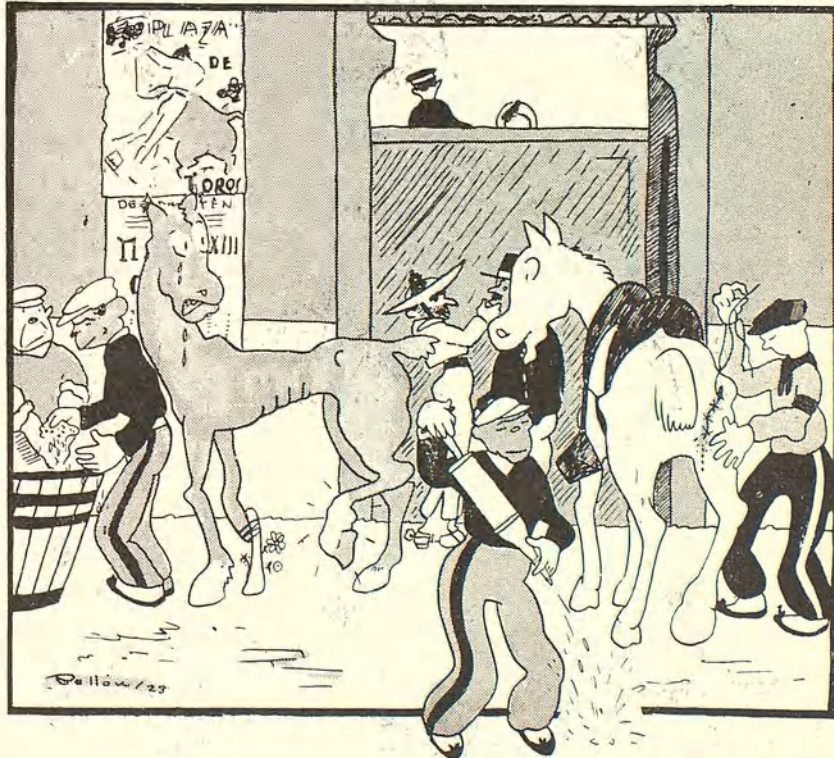
mingo, habiendo visto salir el sol varias veces. Yo no iba preparado para tal viaje. Un señor que iba a mi lado se dispuso a leer una novela de Dumas, de ocho tomos, para matar el tiempo; debía de tener experiencia en esta clase de viajes. Recuerdo que ya había acabado de leer el caballero, cuando el cobrador dijo, con una voz tenue como la respiración de un insecto: «Pozas.» Al levantarme de mi asiento me vi en un cristal y no me conocía: las barbas me llegaban a la mitad del pecho. Por fin llegué a casa de mi amigo, que me recriminó por no haber asistido a su boda y me dijo que quedaba invitado al bautizo de su primer hijo, que se iba a verificar al siguiente día.

»Hace poco tiempo perdí a mi mujer, aplastada por un automóvil, pues los únicos que se libran de estos accidentes son los que van montados.»

Al terminar Pérez su narración, pudo observar que a San Pedro, fuertemente conmovido, le columpiaban unas lágrimas de sus pestañas, saltando sobre su venerable barba. Y acompañándole hasta la puerta del despacho, le dijo:

— ¡Bien te mereces la Gloria, hijo mío! Así que anda, ve y toma esa nube que viene ahí, con distintivo verde, y un cartel que dice: «Estación celeste. Gloria, veinte céntimos.»

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.



Dib. BELLÓN. — Madrid.

UN CABALLO. — ¿Qué, otro porrazo de ese torito?
EL OTRO CABALLO. — ¡Quia! Que le he dado sin querer una patada en la cabeza a un picador.

Ayuntamiento de Madrid

DEL BUEN HUMOR AJENO

UNA INTERVIÚ, por Mark Twain

El joven, muy nervioso y atento, tomó la silla que le ofrecí, dijo que pertenecía a la redacción de *El Trueno Cotidiano*, y añadió:

— Procuraré molestarle lo menos posible. Vengo a entreviuarle...

— ¿A qué viene usted?

— A entreviuarle.

— ¡Ah!... Muy bien. Perfectamente. ¡Hum!... Muy bien.

No me sentía brillante aquella mañana. Verdaderamente, mis facultades se hallaban un poco turbias. Al cabo de seis o siete minutos, me sentí obligado a preguntar al joven:

— ¿Cómo se escribe eso?

— ¿Qué?

— ¡Interviuar!

— ¿Para qué quiere usted escribirla?

— No es que quiera escribirla; quisiera solamente saber lo que significa.

— Usted sabe que es costumbre entreviuar a las figuras conocidas...

— Usted me lo enseña. Debe de ser muy interesante. ¿Cómo se hace?

— Lo corriente es que el entreviuidor haga las preguntas y el entreviuido las conteste. Es una moda que hace furor. ¿Quiere usted permitirme que le pregunte sobre algunos momentos salientes de su vida pública y privada?

— ¡Oh!... Con mucho gusto. Tengo muy mala memoria; pero confío en que usted no lo hará constar. Verdaderamente, tengo una memoria irregular, extrañamente irregular. A veces galopa, y otras se para durante un cuarto de hora. Esto es muy enojoso para mí.

— Poco importa. Probaremos.

— Haré todo lo que pueda.

— Mil gracias. ¿Está usted preparado? Voy a empezar.

— Lo estoy. Diga...

— ¿Qué edad tiene usted?

— Diez y nueve años en junio.

— ¡Cómo! Yo creí que tendría usted treinta y cinco o treinta y seis años. ¿Dónde nació usted?

— En el Missouri.

— ¿A qué año empezó usted a escribir?

— En mil ochocientos treinta y seis.

— ¿Cómo es posible, si no tiene usted más que diez y nueve años?

— Yo no sé. Es raro, en efecto.

— Muy raro. ¿A qué hombre admira usted como el más notable de los que ha conocido?

— Aaron Burr.

— ¡Pero si usted no pudo jamás conocer a Aaron Burr, si no tiene más que diez y nueve años!...

— Bueno. Si usted lo sabe mejor que yo, ¿para qué me lo pregunta?

— ¡Oh! No era más que una sugestión. Nada más. Perdón. ¿Cómo conoció usted a Aaron Burr?

— Verá usted. Me lo encontré por casualidad un día en sus funerales, y me rogó que no hiciera tanto ruido.

— Pero, ¡santo Dios!, si usted estaba en sus funerales, es que estaba muerto. Y si estaba muerto, ¿qué le importaba que hiciera tanto ruido?

— Yo no sé. Había sido siempre muy maniático.

— Entonces, no comprendo nada. Dice usted que le habló y que estaba muerto...

— Yo no he dicho que estuviera muerto.

— ¿En qué quedamos? ¿Estaba vivo, o estaba muerto?

— No sé. Unos decían que estaba muerto, y otros decían que estaba vivo.

— Y usted, ¿qué decía?

— Yo no decía nada. No tenía nada que ver con eso. Como no era a mí a quien iban a enterrar...

— Pero... Bueno, será mejor que salgamos de esto. Pasemos a otras cuestiones. ¿Qué día nació usted?

— El lunes treinta y uno de octubre de mil seiscientos noventa y tres.

— ¡Imposible! Tendría usted ahora doscientos ochenta años. ¿Cómo se explica usted esto?

— No intento explicarlo.

— Pero usted decía que tenía diez y nueve años, y ahora resulta que tiene doscientos ochenta. Es una contradicción flagrante.

— ¡Es verdad! ¿Lo ha notado usted? (Le tendí la mano.) Siempre me había parecido a mí una contradicción. Pero...



— Ya están ahí los fenómenos.



— ¡A ver cómo quedas, Juanito!



— ¡Mi mare!... ¡Qué trastazo!...



— Pásale corto y por bajo.



— ¡¡Ole!!...



— Ahora por la izquierda.



— Sin miedo y por derecho.



— ¡¡Zas!!...



— ¡Goall!... ¡El Sevilla, campeón!

nunca resolví claramente la cuenta. ¿Cómo ha podido usted contarle tan pronto?

—Agradezco sus elogios. ¿Tuvo usted hermanos, o hermanas?

—¿Eh? Yo..., yo..., yo creo que sí; pero no me acuerdo.

—Nunca se me ha dado una contestación tan extraordinaria.

—¿Por qué dice usted eso?

—¿Cómo puede opinarse de otro modo? Veamos. Mire usted. Aquel retrato que hay en la pared, ¿de quién es? ¿Será de alguno de sus hermanos?

—¡Ah! Sí, sí, sí. Me hace usted recordar. Era un hermano mío. William; Bill, como nosotros le llamábamos. ¡Pobre Bill!

—¿Murió?

—Seguramente. Al menos, lo supongo. Pero no se ha sabido nunca. Sobre esto hay un gran misterio.

—Es sensible. Desapareció, ¿no?

—Sí, en cierto modo. Lo enterramos.

—¿Otra vez? Si lo enterraron es que estaba muerto.

—¿Qué tonterías dice usted? ¡Claro que estaba muerto!

—Entonces no veo el misterio.

—Nosotros creíamos que estaba muerto.

—¡Ah, ya! Resucitó.

—¿De ninguna manera! Presumo que no.

—¿Dónde está ese misterio?

—Ahí. Es muy extraño. Eramos gemelos el muerto y yo. Un día, cuando nos bañaban, teníamos dos semanas de edad, uno de los dos se ahogó. No sabemos quién fué. Unos decían que era Bill; otros decían que era yo.

—¡Oh, es curioso! ¿Cuál es su opinión personal?

—¡Sabe Dios! Daría el mundo entero por saberlo. Este solemne y terrible misterio me ha preocupado toda la vida. Voy a confiarle un secreto que no he dicho a nadie hasta hoy. Uno de los dos tenía una peca muy visible en la mano derecha. Era yo. Aquel muchacho fué el que se ahogó.

—Entonces no hay ni asomo de misterio.

—Usted no me entiende. No comprendo cómo enterraron al otro. ¡En fin!... No hable usted de esto a mi familia. Demasiadas tristezas tienen mis padres para herir su corazón con ésta.

El joven me saludó y se fué. Me fué muy simpático. No le he vuelto a ver.

A. R. H.

¡Qué dientes usa Manolo tan sucios! ¡No se concibe, habiendo Licor del Polo de Orive!

19. Daniel de la Puente. San Andrés, 18 duplicado, Madrid. — 20. F. Recacho. Madrid. — 21. Rafael Seco. Moratín, 54, Madrid. — 22. José Marcos Domínguez. Madrid. — 23. Paz Pérez González. Oliver, 19, Madrid. — 24. María Teresa Medina. Portugalete. — 25. Francisco Serrano. Evaristo San Miguel, 16, Madrid. — 26. Juan Garmendia. Portugalete. — 27. Manuel Rubio Escrig. Academia de Ingenieros, Guadalajara. — 28. Carlos Sánchez Ocaña. Almirante, 25, Madrid. — 29. Antonio García Gómez. Bolsa, 10, Madrid. — 30. Jorge Arias. Alcalá, 121 duplicado, Madrid. — 31. J. Alcántara. Alcalá, 121 duplicado, Madrid. — 32. Tomás Arias Alcántara. Alcalá, 121 duplicado, Madrid. — 33. Concha Rodríguez. Santander. — 34. J. Hidalgo. Barcelona. — 35. Santiago Escudero. Argensola, 3, Madrid. — 36. Miguel Casas. Trafalgar, 5, Madrid. — 37. María Teresa de Otaduy, Portugalete. — 38. A. Aldeanueva. (Sin domicilio.) — 39. Luis Prieto Hidalgo. Magdalena, 19, Madrid. — 40. Rafael Arizcún. Zurbano, 20, Madrid. — 41. Carlos Moncada. Hermosilla, 35, Madrid. — 42. Leandro Martínez. Madrid. — 43. Manuel García Reyes. Glorieta de Atocha, 8, Madrid. — 44. Luis López Becerra. (Otro indocumentado!) — 45. Manuel Galtier Lozano. Duque de Liria, 5, Madrid. — 46. Manuel Lorente. Bilbao. — 47. Alberto Martín Ferreras. Pez, 10, Madrid. — 48. Pablo Santos. San Vicente, 60, Madrid. — 49. Mercedes Blanco Tello. Fernán-González, 7, Madrid. — 50. Manuel Hervás. Fernández de la Hoz, 50, Madrid. — 51. Guillermo Tuiller. Lagasca, 18, Madrid. — 52. A. M. Martínez. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 53. A. Martínez González.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Concurso de pasatiempos del mes de marzo

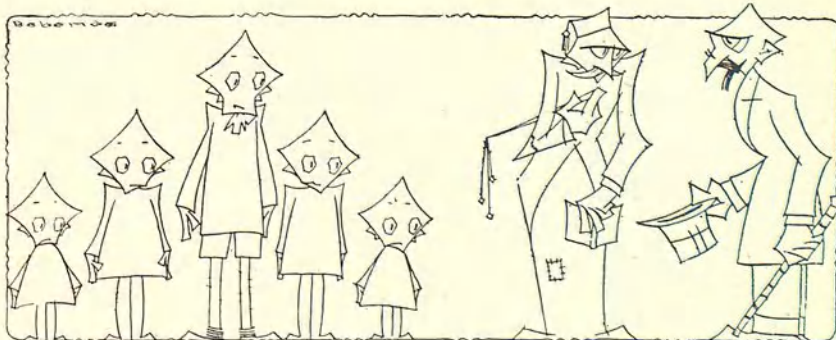
Soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de marzo:

1. Salvatreses. — 2. Arácnidos. — 3. Chalupa. — 4. Arcadia. — 5. Barbacana. — 6. Obeso. — 7. Pellica. — 8. Barquilla. — 9. Gavilán. — 10. Sainete. — 11. Los malcasados. — 12. Mídas. — 13. Carne de cañón. — 14. Cismático. — 15. Esmalte. — 16. Talonario. — 17. Sacabocados. — 18. Volantes. — 19. Estola. — 20. ¡Acaso ella se ríe como me río yo! — 21. Tolano. — 22. — Margen.

Examinadas las trece mil doscientas quince soluciones recibidas, hemos separado como exactas las ciento cinco que firman los pierdetiempistas relacionados a continuación:

1. Luis Gómez Méndez. Luisa Fernanda, 15, Madrid. — 2. Alejo Vera. Cuenca. — 3. María Blanca Gómez. Portugalete. —

4. Pepita Adame. Madrid. — 5. Mercedes Adame. Madrid. — 6. Conchita Lorenzo. Madrid. — 7. Segundo González. Travesía de Conde-Duque, 8, Madrid. — 8. Arturo Tamayo Everóls. Princesa, 64, Madrid. — 9. Gregorio B. Santamaría. Ferraz, 78, Madrid. — 10. Agalparito Esparcebas. Melilla. — 11. César Páez. Barcelona. — 12. José Miralles. Bolsa, 10, Madrid. — 13. Alfonso Alvarez. Zurbarán, 11, Madrid. — 14. Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. — 15. Emilio Alvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 16. Raimundo Martín del Castillo. Blasco de Garay, 32, Madrid. — 17. Ramón Tardo. Avemaria, 46, Madrid. — 18. Antonio Herrera. Santa Lucía, 3, Madrid. —



INSPECCIONANDO ESCUELAS

Dib. BERBERIDE.—Madrid.

EL PROFESOR. — ¿Y qué le parecen a usted estos chicos, señor inspector?
EL INSPECTOR. — Pues... ¡un capicúa!

Ayuntamiento de Madrid



Dib. ORTIZ. — Madrid.

- Antonio, ¡tú te fumas mis cigarros;
— Si, señorito. Ya le pedí permiso para fumar...
— De tu tabaco, bien.
— Es que para fumar de lo mío, no necesito pedir permiso.

Conde de Aranda, 18, Madrid. — 54. Agustín Pol de la Puente. Bilbao. — 55. Emilio Álvarez Pérez. Colegio de la Paloma, Madrid. — 56. Manuel Roca. Fernando el Católico, 29, Madrid. — 57. Joaquín García Linares. Ministriles, 3, Madrid. — 58. Carmen Pandelo Pita. Melilla. — 59. Gloria G. Gullón. Alcalá, 166, Madrid. — 60. Fernando Pastor Camarero. Toledo, 42, Madrid. — 61. Enrique Pineda. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 62. Concepción Flecha. Hermosilla, 11, Madrid. — 63. José Martín Lunas. Paseo de Recoletos, 14, Madrid. — 64. Juan Ruiz Sánchez. Divino Pastor, 5, Madrid. — 65. Ventura Vizcaino. López de Hoyos, 84, Madrid. — 66. Santos Varela. Bilbao. — 67. Tomás de la Torre. Conde de Xiquena, 11, Madrid. — 68. Amparito García Naranjo. Portuga-

lete. — 69. José García de la Sota. Portugalete. — 70. Fernando Ruiz de la Prada. Altamirano, 4, Madrid. — 71. Antonio Izquierdo Tamayo. Quintana, 25, Madrid. — 72. Celedonio García Brieve. Nador. — 73. Julio Díez Cadenas. Reyes, 27, Madrid. — 74. Enrique Contreras. Jorge Juan, 49 y 51, Madrid. — 75. Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — 76. Baldomero Martínez. Serna (Huesca). — 77. Julio Mos. Madrid. — 78. Arcadio Gómez. Mendizábal, 61, Madrid. — 79. Marichu Peyrona. Castellana, 49, Madrid. — 80. Francisco Basarán. Preciados, 6, Madrid. — 81. Fernando Gutiérrez Alamillo. Mediodía Grande, 9, Madrid. — 82. Elena Jiménez Castro. Plaza de España, 4, Madrid. — 83. José Irureta. Guzmán el Bueno, 43, Madrid. — 84. José García López. Cruz-

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

mán el Bueno, 43, Madrid. — 85. Rafael Gómez. Sandoval, 23, Madrid. — 86. Magdalena Yarza. Sandoval, 23, Madrid. — 87. María Nieves González. Portugalete. — 88. Miguel de Torres Garrido. Doña Urraca, 9, Madrid. — 89. Gregorio Acosta. Carabanchel Alto. — 90. Joaquín Romero. Independencia, 2, Madrid. — 91. José de Ponte. Santa Cruz de Tenerife. — 92. Rafael G. Vao. Ilustración, 2, Madrid. — 93. Alfonso Zufrá. Bilbao. — 94. Eduardo de Otadúy. Portugalete. — 95. Enrique Para. Madrid. — 96. Eladio Asensio Villa. San Marcos, 30, Madrid. — 97. Rafael Sáez Belmás. Calatrava, 22, Madrid. — 98. Ricardo de Diego. Palma, 62, Madrid. — 99. Alejandro Salcedo. Espíritu Santo, 35 triplicado, Madrid. — 100. Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — 101. Luis González Alegría. Portugalete. — 102. Mariano P. López. San Andrés, 18, Madrid. — 103. Florentino Briones. Argensola, 17 duplicado, Madrid. — 104. Sebastián Díaz. Bolsa, 16, Madrid. — 105. M. Arias. Arrieta, 11, Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.

El billete de la lotería nacional correspondiente a este Concurso es del número 29.831, que se sorteará el día 1 de mayo de 1923.

— Tiene un catarro Felipe,
y en curarlo se desvive.
— Pues bien lo podrá curar
si toma Jarabe Orive.

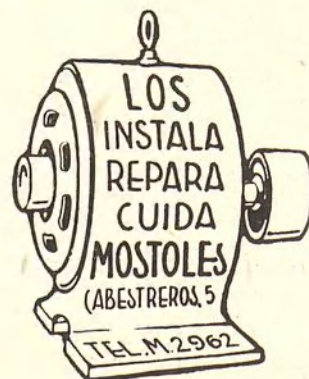
GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Inmenso
SURTIDO
EN JOYERÍA RELOJERÍA Y PLATERÍA:
PRECIOS DE FABRICA
Daniel Inclán
MONTERA 23 · BOLIVAR 23
MADRID · MEXICO

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Tenemos a la venta en nuestra Administración las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR, al precio de TRES PÉSETAS cada una.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argente, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— Decía el ama esta mañana al vender un hermano nuestro, que sólo tenía seis meses.
— ¡Sí, sí!... ¡Y el pico!